

Colección del Sesquicentenario

1/2

# Universidad y Territorio

Rectoría



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA



# Universidad y territorio

TOMO 1



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

CON EL PATROCINIO DE



**DAVIVIENDA**

2017

LA AMAZONIA: CONSTRUCCIÓN DE  
NACIÓN, REGIÓN E INTEGRACIÓN  
FRONTERIZA

CARLOS ZÁRATE  
GERMÁN PALACIO

## INTRODUCCIÓN

Este capítulo pretende aportar a una reflexión sobre el significado que ha tenido la Universidad Nacional de Colombia, a lo largo de sus 150 años de historia, en la construcción del Estado-nación en Colombia y, específicamente la, o las maneras, en que ha actuado para entender y propiciar la articulación de las regiones —particularmente la amazónica— al proyecto de nación.

Nacida en los años en que el radicalismo liberal ostentaba el manejo del poder y en el que de alguna manera ella era un producto de una parte de los ideales predominantes, lo que le garantizó una mínima legitimidad no exenta de ambigüedades y obstáculos, la Universidad Nacional de Colombia ha podido sobrevivir a los “bandazos” políticos y a los prolongados conflictos por los que ha atravesado Colombia en este periodo, para convertirse en la Universidad de la nación colombiana.

La pregunta que se quiere empezar a responder es qué tanto y en qué modo la Universidad Nacional también ha sido, es y puede ser regional. Para desarrollar esta idea, el contexto principal es la región amazónica colombiana, no tanto porque esta región haya podido ser relativamente privilegiada por la Universidad, al dispensar la atención, especialmente de su Gran Consejo Universitario, a la coyuntura de la crisis fronteriza amazónica como se verá, sino porque es la que mejor conocen los autores del texto, ya que es donde han vivido como profesores y partícipes de esa, hasta cierto punto inevitable, doble condición regional y nacional de la Universidad.

El propósito inicial es mostrar las condiciones en las que la Universidad debió “sobrevivir” y actuar en algunas de las principales coyunturas vividas por el país desde su fundación en 1867 y cómo, en esas cambiantes coyunturas, intentó establecer una relación, una significación o una empatía con la desigual, asimismo cambiante y, por tanto, difícilmente aprehensible, realidad de las regiones. Con esto se quiere señalar que tampoco es posible, ni deseable, pensar que la “acción regional de la Universidad”, si así puede calificarse, haya sido algo siempre explícito, coherente o monolítico, exento de contradicciones. La idea no es escribir una versión apologética de esta dimensión de la Universidad, pero sí reflexionar acerca de los eventuales aciertos, errores y vacíos, buscando identificar los riesgos y también sus posibilidades futuras.

Los principales momentos que se abordan, según el propósito expuesto de visibilizar la relación de la Universidad Nacional de Colombia con el siempre difuso mundo de las regiones, tienen que ver inicialmente con el periodo fundacional de la Universidad, es decir los años en que Manuel Ancizar (1812-1882), como su primer rector, le dio el impulso inicial dejando un sello perdurable; la fragmentación durante la Regeneración, que no significó la liquidación de la Universidad; los intentos de reacomodación previos al nuevo advenimiento liberal de los años



treinta; la "refundación" durante la década del treinta y su recentralización, así como los cambios contemporáneos, que han implicado nuevos encuentros y desencuentros con las regiones y, particularmente, con las fronteras.

El argumento central es el siguiente: Manuel Ancizar llegó a postular la necesidad de aportar a la construcción de la nación, apostándole a la inclusión de las regiones y entendiendo que la Universidad tenía un papel clave en esa construcción. Los propósitos de Ancizar lograron empezar a mover ese experimento, que tuvo un arranque importante pero dificultoso durante el periodo en que Colombia se constituyó como un Estado federal. Posteriormente, esa visión se enredó en la construcción del Estado centralista y clerical que resultó de la Constitución de 1886, sin que la Universidad desfalleciera, porque la aspiración de desempeñar un papel decisivo ante la necesidad de construir la nación seguía latente, en una época en que la región Andina del país ganaba preeminencia nacional. Posteriormente, la Universidad actualizaría su importancia regional sin olvidar su compromiso nacional, como lo muestran algunos esfuerzos aquí analizados, como el de la Oficina de Longitudes, creada en 1902, continuadora de la obra inconclusa de Codazzi de representar cartográficamente al país y sus regiones significando, a su vez, el antecedente más importante en la constitución del Instituto Geográfico Militar, y posteriormente del Instituto Agustín Codazzi a mediados de la década del treinta.

En el intento de construcción de un Estado acorde con las regiones, el que se construyó en la conexión del país andino con la costa Atlántica a través del río Magdalena hasta mediados del siglo xx, la mayor parte del país quedó desconectada y pasó a ser considerada dentro de los llamados "territorios nacionales", que no eran otra cosa sino la disolución y la invisibilización de espacios que no lograron devenir en regiones. La segunda parte de este capítulo se centra, entonces, en los esfuerzos de la Universidad Nacional orientados a conectar esos "territorios incógnitos", como los llamó el rector Guillermo Páramo a comienzos de los años noventa. Unas notas sobre la Reserva Natural La Macarena, el Programa Orinoquia-Amazonia (ORAM), el Proyecto Radargramétrico del Amazonas (Proradam) y otros aportes para construir una "masa crítica" amazónica, antecedieron a la más formidable apuesta de la Universidad, que son las sedes de frontera, conocidas hoy en día bajo una denominación poco afortunada, como se verá luego, como "sedes de presencia nacional".

## NACIÓN, REGIÓN Y FRONTERA AMAZÓNICA A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

### MANUEL ANCÍZAR, LA UNIVERSIDAD Y LOS ESTADOS

El punto de partida en la consideración acerca del papel, la significación, la responsabilidad y el compromiso que la Universidad Nacional de Colombia ha tenido con el país y sus regiones, desde el momento de su creación en 1867 hasta la actualidad, puede ser el reconocimiento del legado de Manuel Ancizar Basterra,



la persona que fue designada por el Gobierno de los Estados Unidos de Colombia, en cabeza del presidente Manuel María de los Santos Acosta (1828-1901), para organizar la instrucción pública oficial de la nación en su nivel superior, en atención al lamentable estado de postración y de atraso en que ella se encontraba, en el contexto internacional de la época (Qué es la Universidad, 1868, p. 4). Para facilitar este emprendimiento, el Gobierno expidió la ley de creación de la Universidad en septiembre 22 de 1867.

Los méritos de Ancizar para interpretar esta misión y asumir la dirección de la Universidad están fuera de duda y eran suficientemente conocidos por la reducida élite política e intelectual colombiana. Estos, seguramente, se asociaban a su participación al lado de Agustín Codazzi (1793-1859) en los trabajos de la Comisión Corográfica y, específicamente, a la escritura de los relatos de viaje por varias provincias del país hechos entre 1850 y 1853, consignados en *Peregrinación de Alpha: por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850* i 51. Ancizar era uno de los mejores conocedores de la nación colombiana y de sus regiones, pero también un destacado académico cuyo trabajo permeó y ayudó a forjar el incipiente mundo científico nacional, tanto natural como social (Sánchez, 1998, p. 536).

Este conocimiento regional, así como su percepción sobre el papel que debía cumplir la Universidad para fomentar e incrementar la frágil unidad territorial de la nación, fueron utilizados y movilizados por Ancizar a partir de 1867, al frente de la rectoría de esta institución. Este pensamiento, guía de su acción como primer rector de la Universidad Nacional<sup>1</sup>, se puede observar en los documentos, informes y actos del Gran Consejo Universitario, que fueron publicados en los *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, publicación oficial que se imprimió entre 1868 y 1875. Además de la participación de los diferentes Estados en la constitución de la Universidad —sobre lo que se volverá más adelante—, allí puede verse la enunciación de algunos de los principios que han dado carácter y han impreso la filosofía, la identidad y, si se quiere, la orientación política, en el sentido amplio del término, de esta institución universitaria que aún intentan mantenerse, no sin dificultad, hasta la actualidad, entre ellos el carácter público y gratuito de la educación superior pública, que comportaba el compromiso con los sectores sociales excluidos; la libertad de cátedra, su independencia con respecto al poder político y la autonomía universitaria para organizar y definir sus órganos de gobierno, entre otros.

De acuerdo con lo contenido en la ley de septiembre de 1867, la propuesta de creación de la Universidad Nacional de Colombia reflejaba de manera un poco

1 En diferentes escritos Jaime Jaramillo Uribe (1994, 1980) menciona que el primer rector de la Universidad Nacional de Colombia fue Ezequiel Rojas (1803-1873), designado por el presidente Santos Acosta en enero de 1868; no obstante, en los *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, en el primer volumen donde aparecen tanto la ley de 1867 como los primeros actos de dirección y gobierno universitarios, no se puede corroborar esta afirmación. Por el contrario, en el volumen v de esta publicación, entre otros, se incluye un artículo firmado por los redactores denominado "El señor Ancizar", donde se confirman sus actos como "primer rector de la Universidad" (1871, pp. 145-146).



ambigua el talante liberal radical de la época, en tanto era una propuesta que fue interpretada como centralista por parte de las élites de algunas regiones, que veían como un privilegio el concentrar la educación superior en la capital, en el contexto de una organización política federal. Por lo demás, la propuesta original, que había sido presentada por José María Samper (1828-1888) en 1864 (Jaramillo Uribe, 1994, p. 251), implicó un acuerdo entre el Ejecutivo, es decir la nación, el Estado Soberano de Cundinamarca y la Municipalidad de Bogotá, para organizar la "Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia", mediante la apertura de "seis escuelas o institutos especiales", a saber: "Escuela de Derecho, Escuela de Medicina, Escuela de Ciencias Naturales, Escuela de Ingenieros, Escuela o Instituto de Artes i Oficios y Escuela de Literatura i filosofía" (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1868, Vol 1, N° 1, pp. 7-8). La Universidad también recibió otras instituciones nacionales de relativa tradición e importancia histórica, como el Museo Nacional —o lo que quedaba de él—, la Biblioteca Nacional y el Observatorio Astronómico, pero ellas estaban en condiciones muy precarias, a semejanza de este último que, según Ancizar, se encontraba "mui deteriorado y sin más instrumentos que un tornillo micrométrico descompletado y roto como de intento" (*Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia...*, 1869a, p. 439).

En cuanto a la admisión y procedencia de las primeras generaciones de estudiantes, el artículo 3 de la ley establecía que el Poder Ejecutivo podría admitir en la Universidad como alumnos internos "alimentados e instruidos gratuitamente [...] hasta setenta i dos jóvenes, a razón de ocho por cada uno de los Estados de la Unión, los que designarán las respectivas Asambleas" (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1868, Vol 1, N° 1, p. 8). En caso de que las asambleas no sesionaran, la elección podía ser hecha por el Ejecutivo de los estados (Ley de Creación de la Universidad Nacional, 1868, pp. 6-8).

Según la información relacionada en los *Anales de la Universidad Nacional...*, en el cumplimiento de estas disposiciones la Universidad admitió el primer año de su funcionamiento (1868) a 363 alumnos y esta matrícula se fue incrementando paulatinamente pasando a 373 alumnos en 1870, 566 en 1872 y a 943 en 1875 (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1875, Vol 9, N° 73-74, p. 11). De estos alumnos, aproximadamente la mitad y un poco más procedían del estado de Cundinamarca y presumiblemente de la propia capital de la República, mientras que el resto se distribuía entre los otros ocho estados. En este último año, por ejemplo, 492 estudiantes eran de Cundinamarca, 37 de Antioquia, 42 de Bolívar, 103 de Boyacá, 47 de Cauca, 39 de Magdalena, 97 de Santander, 66 de Tolima y 18 de Panamá (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1875, Vol 9, N° 73-74, pp. 11-12), y se encontraban matriculados en las diferentes escuelas<sup>2</sup>. De esos alumnos 72 estaban becados por la

2 En 1875, 436 alumnos estaban matriculados en la Escuela de Literatura i Filosofía; 32 en la de Jurisprudencia; 60 en la de Ingeniería; 48 en la de Ciencias Naturales; 73 en la de Medicina, y 294 en la de Artes i Oficios (*Anales de la Universidad Nacional*. 1875. Vol 9, N° 73-74, p. 11).



nación, con los 8 designados por cada estado, tal y como lo había establecido la ley expedida en 1867.

En cuanto a la condición socioeconómica de los estudiantes, para no hablar de su composición de clase y menos de una condición de género, aún inexistente e invisible por esos años, el mismo Ancizar en su informe de 1869 mencionaba que la mayoría de los 356 alumnos matriculados ese año eran "tan pobres, que sin la munificencia nacional no habrían podido seguir estudios" (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1870a, Vol 3, N° 13, p. 6). Esta afirmación, sin embargo, merece una mínima consideración ya que cuando Ancizar se refiere a la "munificencia nacional", seguramente estaba pensando en la gratuidad de los estudios brindados por la Universidad y en los estudiantes cubiertos por la subvención estatal tanto a nivel nacional como la que costeaban los estados, que no dejaba de ser insuficiente, para su sostenimiento y permanencia en Bogotá. Además, no debe olvidarse que estas "becas" cubrían a un pequeño número de estudiantes, cada vez más decreciente, en comparación con el número de alumnos que crecía incesantemente. Por eso, si los 72 estudiantes que se supone fueron subvencionados en 1869 indican un apoyo estatal cercano al 20%, este porcentaje se redujo a menos del 9 % en 1875, cuando de los 943 estudiantes solo 72 continuaban atendidos por la nación y en proporción similar por los estados<sup>3</sup>. Entonces se puede plantear la hipótesis de que la mayor parte de los estudiantes que provenían de los estados debían sufragar los gastos de desplazamiento, manutención y demás, con fuentes diferentes a las de esos mismos estados, lo que hace cuestionar y matizar la presunción de pobreza de la mayoría de los estudiantes asumida por Ancizar. Asimismo es posible pensar que la mayor parte de las primeras huestes de estudiantes que ingresaron a la Universidad Nacional en sus primeros años pertenecían a sectores económicamente acomodados, que residían principalmente en las capitales de los estados o en los pueblos cercanos a ellas. Por tanto, se infiere que el deseo de una universidad pública gratuita para los más pobres, contando también a la población que vivía en las zonas más apartadas de los territorios de los estados, a pesar de sus logros iniciales, no pudo superar el nivel de insipiente.

A pesar de las buenas intenciones iniciales inscritas en la ley de creación de la Universidad Nacional y de los esfuerzos realizados por Ancizar y las primeras directivas para hacerlas realidad, los escasos resultados, en comparación con las expectativas, hablan de las inmensas dificultades que tuvo la universidad pública en general —y en particular la Universidad Nacional—, para hacer realidad el propósito, defendido por Ancizar, de que esta institución tuviera un papel mucho más significativo en la unificación de la nación y, por tanto, en la articulación de los estados y las regiones.

<sup>3</sup> El año de 1874 fue excepcional en cuanto al apoyo de los estados para enviar estudiantes becados, pues el estado del Magdalena subvencionó a 20 de los 39 estudiantes de ese estado y el de Cundinamarca a 40, lo que en este último caso representaba alrededor del 10 % del total de estudiantes de ese estado (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1874, Vol. 8, N° 62, p. 61).



La dificultad para ofrecer mayor participación a jóvenes de los diferentes estados en su ingreso a la universidad no era sino uno de los aspectos de las barreras que la Universidad Nacional debió sortear desde un comienzo. Uno de los momentos críticos que tuvo que abocar Ancízar poco después de iniciar su gestión, fue el relativo al recorte presupuestal, es decir, la incapacidad estatal para la financiación de la recién creada universidad, pues mientras para 1868 el Gobierno había destinado 30.000 pesos para su funcionamiento, la suma se redujo a 24.000 para el año siguiente. El lacónico informe de Ancízar de 1869 dejaba ver su malestar.

El Congreso de 1868 redujo a 24.320 pesos la suma del auxilio nacional y aumentó las responsabilidades pasivas de la naciente Universidad, lo que fue como un golpe que paralizó el movimiento de desarrollo, dejando apenas recursos para sostener lo ya creado, referente a las enseñanzas del primer año escolar... y ningunos para la apertura de los cursos superiores a que los alumnos del primer año escolar debían concurrir en el segundo... especialmente en la Escuela de Ciencias Naturales. (Informe del rector de la Universidad Nacional. En *Anales de la Universidad Nacional...*, 1869, Vol 1, N° 5, pp. 432-434)

Por tanto, continuaba Ancízar, en 1869 no hubo “con qué adquirir algunos instrumentos de agrimensura”, ni para el establecimiento de un “pequeño jardín botánico” y, “no hay exageración” en decir que lo más sensible fue la eliminación de la Escuela de Artes i Oficios,

cuyo planteamiento exigía un gasto extraordinario en 24.000 pesos para disponer los salones talleres para modelos i la compra de maquinaria y herramientas; gasto del que el país se indemnizaría con ganancias indefinidas mediante la instrucción teórica y práctica de los artesanos, i la consiguiente mejora de los procedimientos en la producción, que traería por consecuencia la baratura de los artefactos perfeccionados. (Informe del rector de la Universidad Nacional. En *Anales de la Universidad Nacional...*, Vol. 1, N° 5, 1869, pp. 432-434).

En este informe Ancízar puso en duda la continuidad del proyecto de Universidad y también anunció el posible cierre de los *Anales de la Universidad Nacional...*, que apenas habían llegado a su segundo volumen, presagiando oscuros augurios acerca del futuro de lo que él denominó el “mayor centro de cultura que tenemos” y además sobre el destino de la “patria”, que “parece caminar a una funesta decadencia intelectual i política” (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1869, Vol. 1, N° 5, p. 441). Con los recursos aportados, decía, la Universidad no es “sino la mitad de lo que debiera ser”; solo permitía que salieran doctores en jurisprudencia y medicina, lo que no satisfacía “la necesidad de instrucción conforme la exige nuestra época”, por lo que “si no hai la resolución de levantar la Universidad a la altura requerida para que sea un poderoso instrumento de progreso nacional, no vale la pena de seguir sosteniéndola” (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1869, Vol. 1, N° 5, p. 506). Otras observaciones mostraban las dificultades para el funcionamiento de



la Escuela de Ciencias Naturales, que impedían su propuesta de que esta se afincara en el territorio de la nación y, al ver frustrada su intención de establecer un jardín botánico, sin el cual estas ciencias "se convertían en una abstracción", "algo que estará en la atmósfera intelectual del país, pero sin tocar su territorio para beneficiarlo" (*Anales de la Universidad Nacional...*, Vol 4, N°. 24, p. 546).

Parte de los presagios anunciados por Ancizar se convirtieron en realidad pocos años después, pues la Universidad se vio notablemente afectada por la guerra civil de 1876, lo que determinó, entre otras cosas, la suspensión ese mismo año, de los *Anales de la Universidad Nacional...*, una publicación que se ocupó no solo de describir, discutir y difundir el proceso de organización y consolidación del alma máter, sino que también se dedicó a la política educativa y cultural del Gobierno (Jaramillo Uribe, 1980, pp. 249-339), y a registrar los avances y discusiones sobre la ciencia y la educación en Colombia y en el mundo.

El 28 de junio de 1870, antes de terminar su periodo en la rectoría, que para el caso del primer rector nombrado por el Gobierno era de tres años, Ancizar presentó su renuncia ante el Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores, del cual dependía la Instrucción Pública y, por tanto, la Universidad. Esta renuncia no era motivada por la precariedad del apoyo estatal, como podría suponerse, sino por los intentos del Gobierno, a través del Senado, de vulnerar la autonomía universitaria "con el fin de imponer a la Universidad Nacional determinados textos de enseñanza superior", cuestionando cursos que se habían aprobado con el conocimiento y consentimiento de la rectoría, como los de "Filosofía y jurisprudencia" (*Anales de la Universidad Nacional...*, Vol. 3, N°. 18, p. 506).

La renuncia de Ancizar no fue aceptada por el Gobierno, aunque tampoco se removieron los motivos que la suscitaron. Por tal razón, Ancizar insistió en mantener su dimisión, en oficio de julio 2 de 1870. Finalmente, Felipe Zapata, el Secretario de lo Interior, aceptó la renuncia del primer rector de la Universidad Nacional de Colombia (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1870c, Vol. 3, N°. 18, p. 507). Inmediatamente después, el 13 de julio, se reunió el Gran Consejo Universitario con el propósito de escoger la terna para presentar al Poder Ejecutivo, para reemplazar a Ancizar y proveer los empleos de "Rector i Secretario de la Universidad". Luego del escrutinio, Manuel Ancizar fue reelegido como rector de la Universidad por 34 votos, contra 3 de Manuel María Mallarino (1808-1872), 3 de Francisco Javier Zaldúa (1811-1882) y 1 de Ezequiel Rojas (1803-1873) (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1870c, Vol. 3, N°. 18, p. 507.). No obstante, este segundo mandato solo se mantuvo hasta febrero de 1871, cuando Ancizar dejó su cargo de rector definitivamente, lo que no significaría su desvinculación total de la Universidad ya que continuó siendo profesor de esta en los cursos de "Economía política" y "Derecho Internacional, Táctica parlamentaria y Sofismas políticos"<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> El programa de estos cursos puede verse en los *Anales de la Universidad Nacional...* (1873a, Vol. 7, N°. 47, pp. 15 y ss.).



En un primer balance, se puede decir que a pesar de las dificultades de carácter financiero y político, que siempre ha afrontado la Universidad Nacional hasta el presente, el paso por la rectoría de Manuel Ancizar como su primer rector, permitió sentar las bases de la Universidad pública más importante del país en los últimos 150 años. No obstante, es preciso empezar a hacer una evaluación de los logros y de la eventual incidencia que tuvo la Universidad Nacional en estos primeros años en la consolidación de Colombia como unidad política y territorial, aunque, como se dijo, esto se dio en el marco de una constitución liberal federalista.

En uno de sus informes, y tomando como ejemplo la universidad italiana y su papel en la unificación de la aquella nación, Manuel Ancizar abogó por la constitución de una sola universidad pública, establecida en la capital de la República y de algún modo centralizada y fuerte. En el momento de su unificación, que coincidía precisamente con los primeros años de la Universidad Nacional en Colombia, Italia se encontró con la existencia de diecinueve universidades antiguas, que en concepto del secretario de Instrucción Pública de ese país, citado por Ancizar, "ninguno de esos establecimientos satisface lo que nuestra nueva condición política exige". Por tanto, debía concentrar sus recursos fiscales en financiar dos buenas universidades, en lugar de sostener "las diecinueve mediocres e infecundas" (Informe del rector de la Universidad Nacional, 1869, pp. 440). La fórmula para Colombia propuesta por Ancizar era similar, pero solo en el sentido de crear una institución fuerte y centralizada ubicada, en este caso, en Bogotá, pues si se mira con un poco de detenimiento, en aquellos años no había universidades en los estados que se pudieran centralizar, entre otras cosas porque las pocas universidades habían sido cerradas en concordancia con las primeras constituciones radicales. A diferencia de lo que ocurría en Italia lo que se presentó aquí, finalmente, fue la concentración de algunas entidades privadas que ya funcionaban en Bogotá, como el Colegio de San Bartolomé, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, la Universidad Santo Tomás, el Museo, la Biblioteca y el Observatorio, ya mencionados, como base de las primeras escuelas.

La decisión de la ubicación de la Universidad Nacional de Colombia en la capital del país no deber llevar necesariamente a concluir que Ancizar defendía una postura centralista, contraria a la configuración del Estado de entonces y, en otros términos, tampoco debe conducir a posibles interpretaciones ligeras y fáciles sobre las consecuencias de ese "centralismo" en el terreno de la educación superior y su importancia para el proceso de constitución de la nación colombiana, lo que debería servir para explicar la posible ambigüedad arriba señalada, de una universidad aparentemente centralista, en una república federalista. Para Ancizar la misión de la Universidad estaba por encima del sistema federal y, por tanto, comportaba un compromiso en la unificación de la nación y sus regiones representadas en los estados, de tal manera que su propuesta implicaba, por una parte, una acción concentradora, desde la capital, pero por otra parte, acciones desde los estados. Por eso la ley de 1867 definía la participación de estos últimos a través de la selección y envío de estudiantes, así como una participación en su financiamiento y sostenimiento, lo que en efecto ocurrió, así fuera parcialmente.



Esto no implicaba ni el desconocimiento ni el desmonte del sistema federal imperante, lo que sucedió después con la transformación del carácter de la Universidad durante la Regeneración, dentro de un modelo propiamente centralista, aunque tampoco exento de ambigüedades, como se verá posteriormente.

### LA ATENCIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA HACIA LA REGIÓN AMAZÓNICA

El interés de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia en la región amazónica y, especialmente, en las áreas fronterizas que colindaban, en ese entonces, con el Imperio del Brasil, se presentó prácticamente desde el momento de su creación en 1867, demandando mayor concentración de sus instancias directivas, en comparación con la observada por otras regiones y otros estados. No obstante, esta atención se produjo de manera hasta cierto punto fortuita e indirecta, por el trabajo de una de las instituciones que integraron originalmente la Universidad y que estaba representada en el Gran Consejo Universitario, a través de la figura del bibliotecario nacional.

El Poder Ejecutivo, mediante Decreto de 21 de enero de 1868, orgánico de la Biblioteca Nacional, institución que como se dijo formaba parte de la Universidad, tuvo a bien imponer al bibliotecario nacional, “en el inciso 12 del artículo 2”, “la obligación” de presentar a dicho Consejo “una memoria histórica sobre cualquier punto de la historia nacional, sea un suceso, un periodo de gobierno o un periodo de tiempo, que no pase de diez años”. La responsabilidad recayó en José María Quijano Otero (1836-1883), entonces bibliotecario nacional.

A pesar de lo contradictorio de la directiva presidencial consistente en hacer una memoria histórica “que no pase de diez años” y de la amplitud de los temas o asuntos que podrían abordarse, Quijano Otero aceptó el encargo informando al Gran Consejo Universitario la materia de su elección y su justificación:

I hube de decidirme al fin por la cuestión de límites, aún pendiente, entre Colombia i el Imperio del Brasil, el asunto no solo es importante, sino que es grave: hubiera podido escoger entre otros mucho más halagadores para mí; pero el interés de actualidad de esta cuestión, la idea de que mi trabajo pudiera tal vez contribuir a esclarecer este asunto cuando se trata de finalizarlo después de tantos años de inútil controversia, me hicieron decidir por él. (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1869b, Vol. 1, N°. 5, p. 447)

Como puede verse, al margen de que el tema escogido fuera o no una decisión de la Universidad o ni siquiera del mismo Gobierno, el asunto seleccionado por Quijano Otero no solo era “importante” sino “grave” para el país. Esta importancia y esta gravedad estaban dadas por el significado que los asuntos fronterizos en la Amazonia tenían por aquellos años. El problema que trató Quijano Otero en su Memoria histórica sobre los límites entre Colombia y el Imperio del Brasil (1869) tenía que ver con la coyuntura marcada por el conflictivo proceso de delimitación de



su frontera amazónica. Los extensos y detallados documentos citados por Quijano en su texto, así como sus denuncias, se referían al desconocimiento por parte de Brasil de los derechos y aspiraciones que tenía no solo Colombia, sino las demás repúblicas andino-amazónicas, con la excepción de Perú entonces aliado de Brasil, sobre la región amazónica y en particular sobre su acceso al río Amazonas. Gran parte de la Cuenca Amazónica estaba aún sin delimitar, a pesar de las varias décadas que habían pasado desde la concreción de los regímenes independentistas y así había permanecido desde antes del fin del establecimiento colonial (Zárate, 2001).

Curiosamente, la creación de la Universidad Nacional de Colombia, en 1867, coincidió con la fundación de Leticia por parte de Perú, exactamente el mismo año, aunque esta última sucedió en abril. Más allá de esta coincidencia, hay que recordar algunos de los hechos que dan importancia a la conflictiva coyuntura internacional y fronteriza relatada por Quijano en su trabajo. La fundación de Leticia fue el resultado de la puesta en práctica de un convenio de límites firmado entre Brasil y Perú en 1851, con el cual estos dos países monopolizaron el comercio y la navegación del río Amazonas, lo que originó las protestas de los demás países. Este monopolio terminó en 1866 con el apoyo de Estados Unidos, lo que determinó la reapertura del gran río a la navegación internacional, en una época en que se incrementaba el comercio mundial de gomas elásticas y en que Estados

Unidos veía crecer su presencia y su influencia en todo el mundo. La llegada de la comisión de límites Brasil-Perú a la quebrada San Antonio, así como a otros puntos de la actual frontera de Colombia con Brasil, en 1866, y la fundación de Leticia (inicialmente denominada Fuerte Ramón Castilla, por parte de Perú) en terrenos que aún eran reclamados por Colombia y donde este país tenía algunos agentes aduaneros, había ocasionado un sinnúmero de reclamos y rechazo de las autoridades colombianas. Estos reclamos, incluido el trabajo del bibliotecario nacional, finalmente no tuvieron mayor eco ni respuestas prácticas por parte de Colombia, más allá de las diplomáticas, incluido el trabajo de Quijano Otero, pues finalmente en la década del sesenta del siglo XIX Brasil y Perú fijaron, a expensas de Colombia y de los demás países andino-amazónicos, sus acuerdos de límites en la región (Zárate, 2008)<sup>5</sup>.

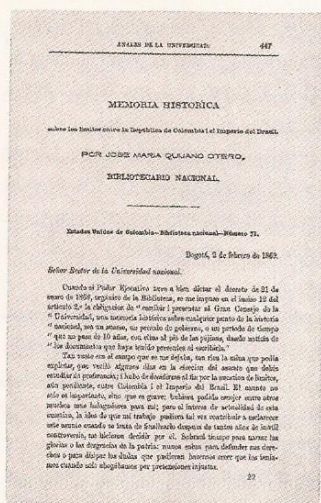


Figura 1. "Memoria histórica..."

Fuente: *Anales de la Universidad Nacional...*, 1989, Vol 1. No. 5

<sup>5</sup> Ver especialmente el capítulo III "La frontera amazónica en la formación del Estado y la nación" (pp. 83-135).



La obra de Quijano Otero, que contiene un importante acervo documental original y analítico útil hoy en día pero desaprovechado, fue ampliamente valorada en su momento por el Gran Consejo Universitario y por Ancizar que, en su nombre, en la sesión del 3 de febrero de 1869 la “acogió con gran aprecio”; la consideró muy importante y propuso su publicación en los *Anales de la Universidad Nacional*... En efecto, la *Memoria* fue publicada en cuatro números sucesivos de los *Anales*, en 1869 (figura 1), mientras que el Gobierno también la dio a conocer, ese mismo año, en una edición de la Imprenta de Gaitán (Quijano Otero, 1869). Al margen de su origen y de las condiciones en que este trabajo se realizó, o de sus aportes al conocimiento de la historia de la Amazonia colombiana y sus fronteras, es posible considerar este trabajo como un indicador del interés o desinterés que la Universidad mostró por la región amazónica en sus primeros años de existencia, que como se dijo fue más marcado que el que pudo demostrar por las otras regiones del país.

#### LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA DURANTE LA REGENERACIÓN

Como era de esperarse —y como lo fue desde el momento de su creación—, la Universidad Nacional se vio fuertemente afectada por la agitada vida política del país y no pudo sustraerse al vaivén de los cambios en las estructuras del poder político, de las guerras y conflictos que los ocasionaron, así como de las ideologías que los orientaron. Esto fue particularmente palpable durante el predominio conservador, a partir de los cambios que acompañaron la consagración e implementación de la Constitución de 1886 y la firma del acuerdo concordatario entre el Estado colombiano y la Iglesia católica, un año después.

Como se sabe, los recurrentes intentos por poner a la Universidad Nacional y, en general, a todo el sistema educativo bajo control directo del Estado, no solo en materia del gobierno universitario sino de los mismos contenidos de la enseñanza, se comenzaron a cristalizar incluso antes de la reforma constitucional de 1886. Para Rafael Núñez (1825-1894) y Miguel Antonio Caro (1843-1909), una de las causas directas de la inestabilidad política durante los años del radicalismo residía en las orientaciones que había tenido la educación pública (Jaramillo Uribe, 1994, p. 261). El citado control se pudo garantizar en marzo de 1880 con la aprobación de la ley que creó el Ministerio de Instrucción Pública. Con la implementación de esta ley se permitió no solo que el ministro pudiera ser rector de la Universidad sino que la composición del Consejo Académico creado para asesorarlo, es decir sus nueve miembros, fueran designados por el presidente de la República. Con esto, así como con las medidas que desmembraron la frágil unidad académica de la Universidad, años después, al disponer a las diferentes escuelas bajo el control directo de cada uno de los ministerios correspondientes, la Universidad Nacional perdió no solo su autonomía sino su incipiente integración académica y así continuó, según Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015), hasta 1935 (1994, pp. 255-261).



El discurrir de la Universidad en los años de predominio del radicalismo liberal, en comparación con el periodo subsiguiente de centralización autoritaria bajo el conservatismo, no deja de ser paradójico al menos en apariencia, lo que ameritaría posteriores indagaciones más profundas. Mientras bajo el régimen liberal radical la Universidad intentó un proyecto de Universidad centralizada y unificada, que como se dijo se logró parcialmente bajo la orientación de Ancizar, en el régimen regenerador de unificación forzada se observó la desmembración y desarticulación de la Universidad, con los cambios ya señalados. No hay mayores argumentos para explicar en detalle otras posibles razones para entender esta ambigüedad, pero lo que si se puede decir es que las acciones y decisiones de los diferentes gobiernos, tanto radicales como regeneradores, conspiraban no tanto, o no directamente, contra el carácter nacional de la Universidad, sino contra su autonomía y contra la independencia para diseñar e impartir sus currículos, frente a los intereses de los sectores políticos y económicos más poderosos o frente a la Iglesia. Esto sin desconocer que había sectores políticos representados en el Congreso, que en aquellos primeros años se oponían a la centralización de la enseñanza superior porque según ellos iba “en menoscabo de los derechos de los estados”, o de la necesidad de asignar mayores recursos a la instrucción primaria (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1871, Vol. v, N°. 36, p. 613).

Como fuese, de manera comprensible y hasta cierto punto obvia, las posibilidades de la Universidad Nacional de Colombia de tener un mayor protagonismo o un papel más decisivo en el ámbito regional durante el periodo radical, y luego en las décadas del predominio conservador, siempre estuvieron constreñidos por las cambiantes condiciones políticas y, derivados de ellas, por los cambios en la manera de organizar la instrucción pública y la educación por parte del Estado. No obstante, estas severas limitaciones y la inexistencia de algo así como una política educativa universitaria explícita para los estados y las regiones distinta a la que se implementó en el nivel nacional, la Universidad Nacional tuvo importante injerencia en emprendimientos que a pesar de tener carácter nacional o de no estar relacionados con su organización académica interna o su misión educativa, tuvieron variadas consecuencias o impactos en la organización regional del país y específicamente en la configuración de sus fronteras. Tal es el caso del papel desempeñado, por al menos una generación de ingenieros egresados de la Universidad Nacional en las primeras décadas del siglo xx, en la construcción del mapa de la nación y en los mapas de sus regiones, entre ellas la amazónica, lo que permite trazar una línea de continuidad poco conocida, casi imperceptible, fragmentaria y sobre todo provisoria, entre las primeras “reflexiones y preocupaciones amazónicas” señaladas y la Universidad Nacional de las primeras décadas del siglo xx. Lo dicho no desconoce los esfuerzos, emprendidos por las regiones, tales como la creación en 1871 de la Universidad de Antioquia en el estado de su nombre, o en 1887 la apertura de la Escuela de Minas de Medellín, que fue aprobada mediante ley por el mismo Rafael Núñez.



## EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO Y LA OFICINA DE LONGITUDES: EL MAPA DE LA NACIÓN Y LAS REGIONES

Para rastrear el efecto regional que pudo tener la acción de la Universidad Nacional de Colombia en las tres últimas décadas del siglo xix y las tres primeras del siglo xx hasta el fin del dominio político conservador, hay que mencionar la existencia de una de las instituciones más emblemáticas en la historia de la ciencia en Colombia: el Observatorio Astronómico. Esta opción, sin embargo, no carece de riesgos y debe ser considerada provisional, porque la vida del Observatorio ha sido tan azarosa que, para los efectos de este texto, no siempre es fácil determinar con detalle y precisión el grado de sintonía que esta institución tuvo con la Universidad Nacional desde cuando pasó a depender de ella en el momento de su fundación en 1867.

Se sabe que en el momento de su creación a la Universidad se agregaron tres instituciones de carácter nacional como la Biblioteca, "los restos del Museo Nacional"<sup>6</sup> y el Observatorio Astronómico, creado en 1803, pero no es muy difícil advertir que el estado de estas instituciones en el tiempo de su adscripción a la Universidad era, en general, poco menos que famélico. Levantarlas y ponerlas a la altura constituyó uno reto para el cual la Universidad no estaba preparada, pues no tenía entonces ni la capacidad, ni los recursos necesarios, lo que explica las dificultades y los menguados resultados obtenidos inicialmente para recuperar estas dependencias.

En cuanto al Observatorio, basta recordar el pobre inventario que registró Ancízar en el momento de su entrega y el cual ya se reseñó. En los ocho primeros años de la Universidad Nacional el Observatorio no presentó ningún progreso. El Informe del Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores de 1875, en su capítulo relativo a la Universidad, señaló que los 4000 pesos que había apropiado el último Congreso con destino al Observatorio no se habían podido ejecutar porque los ingenieros encargados de la obra estaban ocupados en otros trabajos, y porque si ese dinero alcanzaba para adquirir algunos instrumentos "no alcanza para hacer la reparación del edificio i remunerar el ingeniero que la dirija, i mucho menos si hai necesidad de contratarlo en Europa". No obstante, en ese mismo informe se mencionaron algunos de los logros de la misma Escuela de Ingeniería a la que estaba adscrito el Observatorio ya que, por ejemplo, los primeros ingenieros egresados de la Universidad Nacional "están prestando importantísimos servicios en todos los Estados de la Unión", haciendo desaparecer el empirismo "que se había seguido en la construcción de caminos, puentes, calzadas y otras obras de arte" (Informe del Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores. En *Anales de la Universidad Nacional...*, 1875, Vol. 3, N°. 18, p. 20), así como la conformación de la Sociedad de Ingenieros.

La suerte del Observatorio Astronómico no tuvo mayor modificación desde los primeros gobiernos radicales, en que sus instalaciones fueron utilizadas "como

<sup>6</sup> Según el informe de 1873 del rector Jacobo Sánchez (*Anales de la Universidad Nacional...*, 1873b, p. 620).



heladería, tienda de sorbetes, fortaleza [...] durante la guerra de 1860 [...] y prisión de Estado a donde [...] fue recluido el general Mosquera en 1867" (Becerra y Restrepo, 1993, p. 11), cuando perteneció a la Universidad, ni tampoco en las dos primeras décadas de la Regeneración; esta solo pareció cambiar con la creación, en 1902, por el Decreto 930, de la Oficina de Longitudes, que "en lo militar" dependía del Ministerio de Guerra y "en lo científico" del Ministerio de Instrucción Pública, antes de pasar a depender del Ministerio de Relaciones Exteriores (Garzón Nieto, s. f., ff. 130-131), y cuando, coincidentemente, el Observatorio Astronómico, donde funcionó inicialmente dicha oficina, se puso bajo la dirección de Julio Garavito Armero (1865-1920) (Becerra y Restrepo, 1993, p. 11).

De acuerdo con el estudio de Becerra y Restrepo (1993), con Garavito al frente además de los trabajos de la Oficina de Longitudes, y con la definición previa de un programa de investigaciones, el Observatorio Astronómico tuvo sus mejores años. Esto se puede entender si se mira que el mencionado programa contemplaba, entre sus principales propósitos, la construcción a cargo de la Oficina de Longitudes de la carta de la nación, que había quedado a medio camino desde la Comisión Corográfica de Codazzi y Ancizar, a lo que se sumaba la delicada misión de definir sus límites internacionales (Becerra y Restrepo, 1993, p. 12). No sobra recordar que la demarcación de las fronteras de Colombia en las primeras décadas del siglo pasado también se encontraba inconclusa, y estaba además sujeta a complejas y conflictivas negociaciones con casi todos los países vecinos, ya que estas solo se pudieron zanjar mediante distintos acuerdos y convenios hacia finales de los años treinta.

Bajo la Oficina de Longitudes, a la cual estaban vinculados varios ingenieros egresados de la Universidad Nacional como Julio Garzón Nieto (1866-1951), que fue la principal figura de la Oficina como ingeniero jefe, cargo que desempeñó durante casi dos décadas, así como Darío Rozo y Daniel Ortega Ricaurte (1884-1960), entre otros, se realizaron trabajos como la determinación de las coordenadas geográficas del país, que se terminó en 1918 y que fue publicada en el Boletín del Observatorio Astronómico, iniciado en 1903 por la misma Oficina. Estas y otras publicaciones tuvieron el reconocimiento de centros científicos similares de Suramérica y de Europa (Garzón Nieto, 1932, f. 78). Igualmente, en la Oficina de Longitudes se elaboraron catorce mapas de varios departamentos, intendencias y comisarías, que según Garzón Nieto fueron publicados en pequeñas ediciones sin que le costaran "un peso al erario". Entre esos mapas se encontraban los de Cundinamarca, Boyacá, Antioquia, Caldas, el río Magdalena, Tolima, Santander del Norte, Valle y Huila, además del "Telegráfico de la República y el mapa mural del país para instrucción pública" (Garzón Nieto, 1932, f. 72). El mapa general de la nación también se completó por parte de la Oficina de Longitudes en 1931 y su original, como los otros mapas, se encuentra actualmente en el fondo de la Oficina de Longitudes del Archivo Histórico de la Universidad Nacional de Colombia. Con base en este mapa se elaboró, en 1932, una carta más detallada de la región amazónica colombiana y de su frontera con Brasil y Perú (figura 2), con fines militares, que no fue publicada y que se anexa en este capítulo.



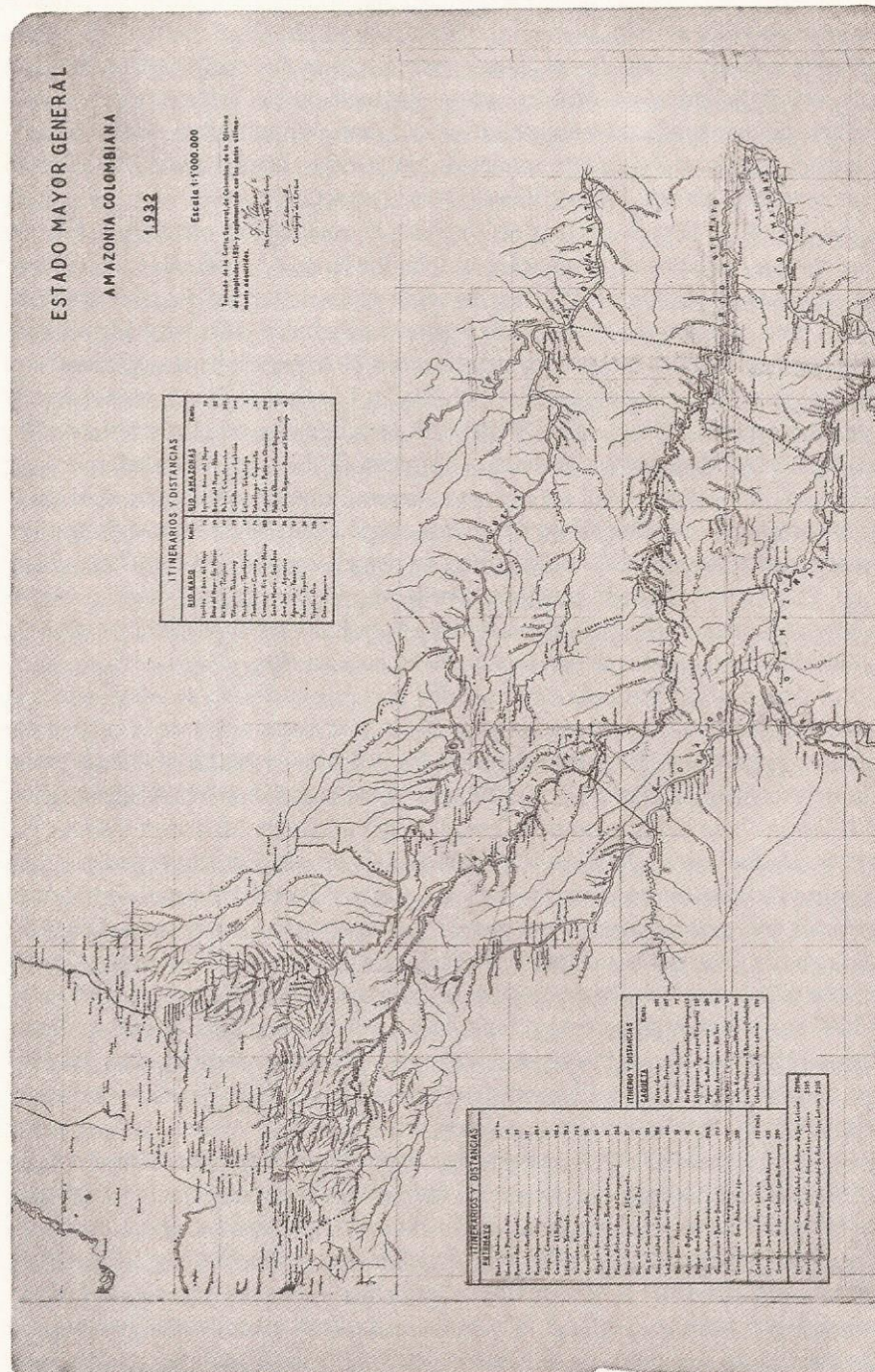


Figura 2. Mapa de la frontera amazónica de 1932

Fuente: Fondo Luis Felipe Acevedo: (Archivo Histórico de la Universidad Nacional de Colombia. Caja 8, Carpeta 3, f. 4837).



La Oficina de Longitudes y sus ingenieros también participaron en varias comisiones mixtas o en su asesoría, como las conformadas por Brasil y Colombia, o por Perú y Colombia, en los momentos en que se presentó la toma de Leticia y se desencadenó la Guerra de Colombia con Perú en 1932-33. Producto de este trabajo se produjeron también varios mapas, pero estos no tuvieron la suerte de publicarse, como tampoco se publicó el mapa del Cauca, ya terminado, entre otros, según Garzón Nieto por no contar con la ayuda del Congreso (Garzón Nieto, 1932, f. 75).

Además de la falta de apoyo del Congreso, el trabajo y los conceptos técnicos emitidos por la Oficina de Longitudes también tuvieron que enfrentar y, finalmente, subordinarse a los intereses y los dictados de las instancias del poder político y en el nivel regional, en el caso de la frontera amazónica, a las autoridades militares que hacia finales de los años veinte, antes de la mencionada confrontación, regentaban allí el poder en nombre del Estado. Como cuando en respuesta a la recomendación emitida por la Oficina de Longitudes de no poner al frente de la Comisión Mixta colombo-peruana, encargada de demarcar los territorios que recibiría Colombia en virtud del acuerdo Lozano-Salomón, a militares sino a técnicos e ingenieros, el Ministerio de Guerra obligó a Garzón a cambiar de opinión y a ponerse a órdenes de "la oficialidad que se escogiera" (Garzón Nieto, 1928, f. 52). Esta no era sino una muestra, por demás recurrente, de la distancia que se venía estableciendo entre la academia y la política en el país, especialmente cuando los militares aún tenían mucha incidencia en ella.

Por otra parte, el trabajo de la Oficina de Longitudes no se restringió a la determinación de las coordenadas geográficas, a la elaboración de la cartografía nacional y regional o a la participación en las comisiones mixtas de límites. Además de estas actividades o a la par de ellas, la Oficina había creado una sección de Historia Natural, encargada de "estudios naturalísticos" (Becerra y Restrepo, 1993, p. 12) que aprovechaba las exploraciones de dichas comisiones para adelantar estos estudios, pero también para conocer y registrar las condiciones de la población indígena de la Amazonia y de la frontera, "sus relaciones con el blanco", y "la manera de atender sus intereses, y su cultura" (Garzón Nieto, 1935, ff. 103-105). Parte de estos trabajos, sobre todo los relacionados con botánica, que fueron elaborados por Santiago Cortés, "uno de los pocos egresados de la Escuela de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional", pudieron ser publicados, tal es el caso de la Monografía de las leguminosas y flora de Colombia (Becerra y Restrepo, 1993, p. 12), los demás continuaban inéditos.

Como se mencionó al comienzo de este apartado, es dispendioso seguir la pista del Observatorio Astronómico, sobre todo en los años posteriores a la muerte de Julio Garavito o a la liquidación de la Oficina de Longitudes, que a mediados de la década del treinta (1935) fue remplazada por el Instituto Geográfico Militar, a su vez antecesor del actual Instituto Geográfico Agustín Codazzi. Las labores propiamente astronómicas del Observatorio fueron abandonadas por más de diez años luego de la muerte de Garavito en 1920, y el Observatorio fue a parar



también al Instituto Geográfico Militar luego del fallido intento del Gobierno, aún conservador, de ponerlo bajo dirección de una institución y un religioso jesuitas (Becerra y Restrepo, 1993, p. 12). Por lo pronto, se puede ver que estos últimos cambios significarían un relativo distanciamiento del Observatorio con respecto a la Universidad Nacional, y tal vez lo más importante, el abandono definitivo de sus tareas relativas al servicio meteorológico y la cartografía nacionales. Lo poco que se conoce hoy con respecto al Observatorio Astronómico es que continúa bajo el cuidado de la Universidad Nacional de Colombia y que su edificio y programas relacionados, además de tener un importante valor museográfico, continúa sirviendo de apoyo a la docencia y la investigación, en los diferentes subcampos de la astronomía (Becerra y Restrepo, 1993, p. 15).

Los resultados del trabajo del Observatorio Astronómico, así como de la Oficina de Longitudes y, en general, su importancia en la generación de conocimiento sobre la condición territorial y regional del país en la primera mitad del siglo anterior, son algo poco menos que desconocido y olvidado, tanto por parte de las instancias estatales y quienes toman en su nombre las decisiones en esas materias, como por las instituciones académicas y los investigadores, con algunas pocas excepciones, lo que ha repercutido negativamente en el diseño de las políticas públicas relacionadas con las regiones y las fronteras del país, y explica de alguna manera la secular postración y persistente marginalidad en que se encuentran estos espacios, hasta el presente.

### LA CENTRALIZACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, LOS DEPARTAMENTOS Y LAS REGIONES

Las reformas que llevaron a la que se puede considerar como la refundación de la Universidad Nacional en 1936, durante el gobierno liberal, ciertamente permitieron sentar las bases de una universidad pública moderna, independientemente de las interpretaciones sobre los alcances y logros que esto pueda comportar y, en todo caso, muy lejos de cualquier compromiso claro o definido con la suerte de las regiones, las provincias o las fronteras del país.

Esto no debe parecer extraño en un periodo en el que el país se encaminaba hacia la industrialización, la urbanización y en general a la modernización, que dicho sea de paso, se pudieron instalar en mejores condiciones en los ámbitos andinos o relativamente cerca de ellos, con menoscabo de los territorios calientes, selváticos y periféricos de la nación, lo que de alguna manera puede explicar y justificar que la atención de la Universidad Nacional se centrara en los procesos arriba indicados. Por otra parte, el mundo académico en general, del cual ella hacía parte, y las ciencias sociales en particular, por ejemplo, la historia y la sociología, ocupadas principalmente de la construcción del Estado-nación modernos, acabaron relegando a un segundo plano, o simplemente abandonaron, los aspectos de



esa misma construcción relativos a la “piel” o lo que es lo mismo, a los contornos del “geocuerpo de la nación”<sup>7</sup>, es decir a sus fronteras<sup>8</sup>, para concentrarse, crítica o contemplativamente, en los supuestos logros del progreso que el capitalismo parecía ofrecer a través de la modernización encarnada en la industrialización y la urbanización.

En todo caso, aunque este contexto previene de endilgar juicios de responsabilidad *a priori* a quienes refundaron la Universidad Nacional con la reforma de 1936 o a la universidad misma, por no haber tenido en cuenta, por haber descuidado o simplemente por haber menospreciado, la importancia del papel de las regiones y de las fronteras en la construcción de la nación, sí hay que decir que al Estado y a sus instituciones en vías de reforma les faltó algo de sentido común y de sensibilidad, o les sobró conformidad, para atender y conocer las dimensiones y los aspectos de la vida regional y fronteriza que aún continuaban rezagados o que no habían avanzado suficiente como para participar efectivamente en la consolidación de la nación. Estas ausencias seguramente tienen algo que ver con el hecho de que aún hoy se hable del revés o el fracaso de la nación, de la desarticulación regional, de la marginalidad fronteriza o de que los sectores en el poder, apenas ahora a mediados de la segunda década del siglo XXI, se estén percatando, por la fuerza y la dinámica de un inevitable proceso de paz, de que el proyecto de Estado-nación en Colombia aún no ha concluido.

Lo anterior no significa necesariamente que se deba minimizar el papel desempeñado por las reformas y la Universidad de los años treinta del siglo pasado, por sus aportes en otros aspectos que también han confluído en la construcción del Estado-nación, la formación y la transformación de la sociedad nacional en su conjunto, incluidas las regiones. La reforma centralizadora de la Universidad Nacional y la creación de la Ciudad Blanca fueron de alguna manera las respuestas posibles de las élites o de sectores de ellas interesadas en adecuarse al proceso de modernización del país, que se reflejaba en la industrialización y la urbanización, pero también en la reforma del Estado, con sus inevitables derivaciones: el surgimiento, el incremento y la diferenciación de nuevos sectores y clases sociales asociadas a ellas. Alfonso López Pumarejo (1886-1959), quien aprobó estas reformas, pertenecía a uno de esos sectores de la élite y específicamente a la que se ha llamado, en lenguaje marxista, la burguesía comercial. De ahí que, hipotéticamente, los intereses que representaba, así como sus preocupaciones en materia de educación, respondían más al contexto político y económico o a las necesidades de la coyuntura de la época, donde la condición de las regiones y territorios, o los proyectos de su consolidación y articulación, que si alguna vez

7 Término usado por Serje (2005, pp. 136-138).

8 Para algunos autores europeos resultaba paradójico que las disciplinas que se dedicaban al estudio del Estado y la sociedad modernos como la sociología, la antropología, la historia y al menos en parte la geografía, hubiesen olvidado analizar precisamente los bordes que definen y delimitan tal sociedad (O'Dowd y Thomas, 2002, p. 4).



fueron una prioridad, siguieron subordinados y poco menos que abandonados, no solo por quienes detentaban el poder sino también por la misma Universidad.

El compromiso de López Pumarejo y la *intelligentsia* liberal (Murray, 2012, p. 66) con sus intereses de clase y con las élites económicas que dirigían el país, no debe dar pie para desconocer que con las reformas en la educación superior se materializaba una concepción de esta élite sobre el papel de la educación y, en particular, sobre la misión de la Universidad Nacional en la construcción de la nación, en la que se hacía énfasis en que ellas debían generar “un sentido de unidad e identidad nacional que pudiera trascender lo racial, las clases sociales, lo cultural, lo regional” y por supuesto superar las diferencias políticas (Murray, 2012, p. 66). Esto suponía que, finalmente, el papel de la Universidad debía ponerse por encima de esas condiciones, lo que también implicaba pasar por alto o subvalorar la realidad social, política y cultural del país y de sus regiones.

Vale la pena matizar esta interpretación. A pesar de las mencionadas limitaciones y de los debates que se presentaron en el Congreso sobre los cambios en la política educativa y el natural rechazo de los sectores más conservadores y de la Iglesia, que no eran nada despreciables ya que fruto de ese rechazo surgió la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín en 1936 (Murray, 2012, p. 81); la reforma hecha con la Ley 168 de 1935, que permitió la secularización y centralización de la Universidad significó, como sugiere Pamela Murray, el “surgimiento de un nuevo consenso respecto a la misión de la Universidad Nacional” (Murray, 2012, p. 70). Este “nuevo consenso” permitiría, por ejemplo, que la transformación de la Escuela Nacional de Minas de Medellín que, en virtud de la mencionada reforma se anexó a la Universidad Nacional de Colombia y se transformó en Facultad Nacional de Minas, lo que ocurrió efectivamente en 1939, a pesar del inicial rechazo de algunos funcionarios, como su rector, pudiera ser interpretada por parte de las autoridades educativas de entonces por su valor en la reafirmación de una cultura nacional, pero también por su capacidad de recoger y representar “los valores sociales, espirituales y morales de Antioquia”<sup>9</sup>. En 1937 se anexó la Escuela de Agricultura Tropical de Medellín, que se conoce hoy como la Facultad de Ciencias Agropecuarias. Esto indicaba que existía la percepción de que el compromiso de la Universidad Nacional con la nación también comportaba la posibilidad de que, a través de ella se permitiera, o se continuara la reflexión sobre los departamentos y las regiones, sino también la necesidad de su integración.

En un sentido más amplio, la tozudez de la realidad social nacional y regional no excusaba a esta misma élite liberal de atender los asuntos de las regiones, a pesar de que no constituían su prioridad. Por eso hubo momentos y coyunturas, como la del periodo de transición de la república conservadora a la liberal en 1930 y con posterioridad, en los que la atención de la clase política colombiana se volcó

<sup>9</sup> Murray (2012) se refería al discurso del ministro de Educación en la ceremonia de grados de ingenieros de la Escuela.



obligadamente a las regiones y a las fronteras, especialmente a la amazónica, como cuando los primeros presidentes de la república liberal, Enrique Olaya Herrera (1880-1937) y López Pumarejo, al frente de instituciones estatales principalmente militares (Zárate, 2015), que actuaban en la frontera, debieron encarar el conflicto fronterizo amazónico y la guerra con Perú. Hay que decir que estos conflictos o su resolución no constituían la principal preocupación y, por tanto, no formaban parte de las campañas electorales o la agenda estatal inicial de estos mandatarios o del Partido Liberal, sino que eran algo sobreviniente, heredado o no resuelto por sus antecesores conservadores, por una parte, pero además, el producto de procesos incubados y detonados en la periferia de estos países, lejos de la influencia de los débiles estados de comienzos del siglo pasado y relativamente lejos también de la atención de la mayor parte de la sociedad nacional, por otra. Terminado el conflicto y acordados los límites internacionales en la Amazonia, que pusieron temporalmente la frontera externa en primera plana de la prensa de entonces, el Estado colombiano ha venido incrementando su presencia en la región intentando articular el espacio fronterizo aunque con muy precarios resultados (Zárate, 2015, pp. 73-96), pero esto es materia de otra reflexión.

Volviendo a la Ley 68 de 1935, esta permitió volver a integrar las escuelas que componían la Universidad republicana, que por cuenta de la Regeneración se habían dispersado y fragmentado; determinó la construcción de la Ciudad Universitaria y otorgó a la Universidad cierto grado de autonomía (Jaramillo Uribe, 1994, p. 2646), aunque no la que había logrado en los primeros años de su existencia y, por otro lado, generó las condiciones para que esta renovada universidad fuera receptora y difusora de las corrientes del pensamiento y la ciencia mundiales, antes vedados por el “conservadurismo y la rutina” (Jaramillo Uribe, 1994, p. 267). En los años subsiguientes se abrieron nuevas carreras, se incrementó la población estudiantil, se estableció la carrera docente, se actualizaron los modelos pedagógicos y los métodos de enseñanza, y se promovió el ingreso de las primeras mujeres al mundo universitario, transformando, como sugiere Jaramillo Uribe, la “vieja universidad patriarcal”, que no podía dar cuenta de las necesidades de una nación que comenzaba a industrializarse (Jaramillo Uribe, 1994, pp. 263, 265). Como en el pasado, el entusiasmo no duró mucho tiempo, pues la Universidad Nacional también se vio afectada por la profunda crisis política de mediados del siglo pasado y la generalización de La Violencia, en una profundidad y en un sentido que están por evaluar y analizar. Por ahora, solo es posible señalar que la universidad de la época, y por supuesto la Universidad Nacional, no pudo sustraerse al torbellino de la política y que, como consecuencia de esto, durante 1948 a 1957, como anota Jaramillo Uribe, fue intervenida por los gobiernos conservadores y suspendido su estatuto orgánico (Jaramillo Uribe, 1994, p. 268).

Entre tanto, a mediados del siglo pasado la Universidad Nacional de Colombia empezó a perder la preponderancia de la que había gozado y que tenía que ver con el desarrollo incipiente de la educación superior durante el siglo XIX; con la creación de varias universidades privadas como la Universidad Externado de



Colombia en 1886, la Universidad Libre en 1923, la Pontificia Universidad Javeriana en 1931 o la Universidad de los Andes en 1948, que concurrieron con la Universidad Nacional para satisfacer la creciente demanda de formación profesional de una población también creciente, sobre todo urbana. De la misma manera se habían venido abriendo universidades de carácter regional en varios departamentos, que se sumaban a la de Antioquia, fundada en 1871, y entre las cuales están la del Cauca en 1884, la de Nariño en 1904, la del Atlántico en 1941, la de Caldas en 1943, las del Valle y Tolima en 1945, la Industrial de Santander en 1947 y la Pedagógica y Tecnológica de Tunja en 1953 (Nueva era para la educación universitaria, 2010), con las que se fue conformando el actual sistema de universidades de Colombia y, en particular, el sistema de universidades estatales.

La constitución de estas universidades departamentales no significaba necesariamente que en el nivel regional las cosas hubiesen cambiado mucho desde el siglo XIX. Si la reforma universitaria de 1936 y la apertura de varias universidades privadas se correspondía de algún modo con la transformación y modernización del país, la apertura de universidades departamentales acompañó a cambios y transformaciones en las regiones, principalmente, concentradas en las capitales andinas y, parcialmente, en el Caribe, donde de igual manera se concentraban la economía y la industria nacionales. En términos regionales, el resto del país seguía anclado a las condiciones económicas heredadas de la Colonia y, a pesar de algunos cambios superficiales, como la transformación de parte de los estados en departamentos con la Constitución de 1886 o el surgimiento de los llamados territorios nacionales organizados en intendencias y comisarías, se condenó en la práctica a la mayor parte del territorio nacional que estaba en su periferia, como la Orinoquia, la Amazonia, la Guajira y el Chocó, a quedar al margen del proceso de unificación y articulación, así como de los beneficios de la modernización.

En el mencionado proceso de crecimiento y diversificación de la educación superior, no solo en la capital sino en los departamentos, debe mencionarse que la propia Universidad Nacional de Colombia desempeñó un papel muy importante, ya fuera de manera institucional o a través de sus profesores o egresados. Aunque esto amerita una indagación específica y detallada, es bien sabido que la Universidad Nacional tuvo más que ver de lo que se supone, ya sea en la fundación de estas universidades departamentales, en la organización de algunas de sus facultades o en la estructuración de muchos de sus cursos y programas académicos. Dos indicios puntuales de esto son tanto el hecho de que la estructura de la Universidad de Antioquia, que surgió también en el periodo radical, se organizó a imagen y semejanza de la Universidad Nacional, con las mismas escuelas "Nueva era para la educación universitaria", 2010, pp. 36-37), o de que la Universidad de Nariño, refundada en 1904 como producto de sucesivas transformaciones, abriera una Facultad de Ingeniería con el concurso directo de profesores o ingenieros egresados de la Universidad Nacional. Esta influencia también se hizo sentir en la fundación de la universidad privada y, en este caso, el ejemplo proviene de la Universidad Externado de Colombia, que fue organizada



con la activa participación de personas bien conocidas en la vida nacional durante el ascenso de la Regeneración, que además eran profesores vinculados a la Universidad Nacional, como Salvador Camacho Roldán (1827-1900), Aníbal Galindo (1834-1901) o Santiago Pérez (1830-1900), entre otros (Otras universidades, 2010).

Desde mediados del siglo xx la Universidad Nacional de Colombia empezó un proceso de descentralización, que mejor podría calificarse de desconcentración, que de manera oficial y deliberada le permitiría establecerse, por primera vez y de manera directa en las regiones, aunque sin abandonar el escenario andino, ni la política centralista, con la creación de las seccionales, luego llamadas sedes, de Medellín en 1937, Manizales a partir de 1944 o Palmira en 1946 y, finalmente, las llamadas sedes de frontera, en la última década del siglo xx, como se verá más adelante. El esfuerzo de llegar a los antiguos territorios nacionales, que no por cambiar su nombre dejaron de ser periféricos y precarios, particularmente a la Amazonia, es lo que se discute a continuación, no sin antes hacer una reflexión sobre la distinción entre regiones y territorios de frontera, ya sean estos internos o asociados a las naciones vecinas.

## ENTRE LA APROPIACIÓN Y LA INTEGRACIÓN DE LA AMAZONIA

De cierta forma, *Cien años de soledad* (1967) puede ser leída como la historia de una frontera que se transformó en región, por lo que dio lugar, con el paso del tiempo, una centuria, a consolidar un influyente tipo de música que se volvió nacional y luego desbordó las fronteras. Desde un punto de vista político-administrativo formó un departamento: el Cesar, y una identidad vallenata que traspasa sus linderos. Otros lugares de Colombia pasaron de ser una frontera, en la misma época, a consolidarse como regiones. Este es el caso del, así llamado, Eje Cafetero, que surgió de una experiencia de colonización proveniente de Antioquia. Manizales, por ejemplo, fue fundada en 1849 y dio lugar, con el paso del tiempo, a la formación de tres departamentos; la consolidación de una cultura cafetera que desborda esos tres departamentos y que es distintiva y emblemática, tanto de esa región como, en cierta forma, del país, con la imagen de ciertas figuras como la de Juan Valdés.

A contrapelo, la Amazonia, que vivió procesos de fundación de algunas actividades económicas y poblados relacionadas, primero con un corto auge quinero entre 1879 y 1884 que permitió vincular la Amazonia colombiana a los mercados internacionales (Domínguez y Gómez, 1990; Palacio, 2006; Zárate, 2008), y luego con el auge de la economía cauchera que se presentó en toda la región amazónica desde finales del siglo xix y las dos primeras décadas del siglo xx, era igualmente un territorio de frontera, pero no brincó o evolucionó, con el paso del tiempo, a ser una región. Se trataba de una frontera muy pobremente administrada por el Cauca, ocasionalmente por Nariño y durante casi todo el siglo xx por un Estado







centralista. También sus límites eran vaporosos. Por ejemplo, Leticia, que se menciona por ser la sede del campus de la Sede Amazonia, fue fundada por peruanos en 1867, pero después tuvo que ser refundada en los años treinta bajo la soberanía formal colombiana, luego de la guerra entre Colombia y Perú en 1933.

La toma de Leticia por un grupo de loretanos de la Amazonia peruana en septiembre de 1932, que detonó la guerra entre Colombia y Perú la cual duró solo unos pocos meses, puso a la región amazónica en el primer plano de la prensa de la época<sup>10</sup>, con lo que el conocimiento de la región se amplió a una sociedad nacional que poco tenía noticia de la Amazonia. No obstante, un recorrido por los periódicos colombianos de circulación nacional prueba que la Amazonia, inclusive durante la década del cincuenta, todavía no “registra”, como se diría hoy. La región empieza a ser reseñada en la prensa de la década del sesenta, aunque aún asociada a las intendencias o comisarías de Caquetá y Putumayo, en una época en que el Estado y la violencia empujaron a poblaciones campesinas hacia el piedemonte y la planicie amazónica (Jaramillo, Mora y Cubides, 1989). La Amazonia, con una identidad cultural fragmentada, poblada por pueblos originarios diferenciados y dispersos e incomunicada entre sí, no se convirtió en sentido pleno en una región hasta el descubrimiento reciente de su riqueza y potencial natural cuando, desde el último cuarto del siglo xx, empezó a surgir alguna identidad por razones principalmente ambientales y por el empuje de una cierta conciencia conservacionista mundial que le ha dado a la Amazonia un sello global característico (Palacio y Walkild, 2016, pp. 13-35).

Mientras algunos territorios de fronteras, desde finales del siglo xix se lograron convertir en región en el proceso de integración a la nación, la mayor parte de la Amazonia siguió —y sigue siendo, en parte— una frontera en transición. El proceso de ocupación de las fuerzas y culturas nacionales penetraron y avanzaron primero en el piedemonte andino amazónico; por ello, Caquetá y Putumayo avanzan más rápido en el proceso de convertirse en región. Sin embargo, la llanura amazónica sigue conservando rasgos de una frontera. Indudablemente es parte de la frontera internacional, también frontera de la expansión nacional y, adicionalmente, también se puede pensar en los departamentos de Guainía, Vaupés y buena parte del Amazonas, como frontera de la expansión del capital.

Habiendo sentado las bases de los esfuerzos decimonónicos de pensar la construcción de nación y región, como algunos de los intelectuales que trataron de imaginar la nación, particularmente, Manuel Ancizar, es hora de pasar a reseñar las iniciativas y formular algunas ideas analíticas que permitan evaluar el rol y el impacto de la Universidad Nacional de Colombia en la construcción de nación y de transformación del territorio amazónico en región desde la segunda

10 El periódico *El Tiempo* fue el primero en retrasmirir una noticia originada en la prensa peruana referente a la “toma de Leticia por trescientos comunistas”. Esta noticia fue ampliada y detallada en las *Lecturas Dominicales* de fin de semana, dos días después de la toma (*El Tiempo*, 1932).



mitad del siglo xx hasta el presente. La diferencia entre los territorios que se convirtieron en región y aquellos que no lo lograron —y siguieron siendo frontera y “territorios nacionales”—, aunque están en trance de hacerlo, puede derivarse de las diferencias en los imaginarios que los representaban, en un caso como afirmación y en otro como problema o negación. Por ejemplo, mientras que el espacio cafetero que incluye las antiguas espesas selvas del paso del Quindío transitado por Alexander von Humboldt (1769-1859) (Wulf, 2016) a comienzos del siglo xix, logró convertirse en “paisaje cultural cafetero” y permitió luego erigir una palmera montañera esbelta y hermosa, la palma de cera, en emblema nacional, en contraste la Amazonia y la Orinoquia se convierten en territorios de violencia, como se deriva de la popularizada novela de José Eustasio Rivera (1888-1928), *La vorágine* (1924).

La transformación reciente del piedemonte amazónico, que implica su tránsito de territorio a región procede de su conexión con el interior del país y empieza a ser cruzado por importantes obras de infraestructura, cuando buena parte de la llanura amazónica pasa a ser parte del Sistema Nacional de Áreas Protegidas (Sinap), no solo parques sino también resguardos, evitando así o soslayando la creación de verdaderas entidades territoriales, o más explícitamente Entidades Territoriales Indígenas, tal como las definió la Constitución Política de 1991. Esta diferencia es fundamental en términos de la forma como los colombianos imaginan actualmente la apropiación y transformación de las “fronteras” en “regiones”, crucial en una época de posacuerdo (Palacio, 2014).

Aquí no se pueden revisar todas las instituciones y agentes que en relación con la Universidad impulsan esta transformación, por lo que solo se analizará de manera general y preliminar el papel de esta institución universitaria, así como de algunos actores que se consideran decisivos o muy importantes para el segundo periodo aquí tratado. Las preguntas para entender lo primero son entonces: ¿De qué manera la Universidad Nacional de Colombia ha contribuido por medio de la educación superior y la ciencia a la transformación de un territorio de frontera en región desde mediados del siglo xx?<sup>11</sup> ¿Cuáles instituciones y esfuerzos científicos han sido erigidos o desplegados en búsqueda de este propósito? ¿Qué sustento político se encapsula en los esfuerzos de estudio y apropiación de la Amazonia a través de formación académica y de la ciencia?

No cabe la menor duda de que la más importante transformación de la manera como la Universidad entendió su papel en la Amazonia fue la construcción de una sede en la ciudad de Leticia, a finales del siglo xx, como desarrollo de la visión de Guillermo Páramo, el rector de entonces. Esto no significa desconocer los importantes esfuerzos previos hechos por la Universidad Nacional, desde mediados

11 Se trata tanto de la construcción de una región que tiene doble faceta, como de la transformación de su relación con la nación y la capital del país, por un lado, y su integración con los países con los que colinda, como se verá en la propuesta de Guillermo Páramo que se presenta más adelante.



del siglo xx, para aproximarse a la Amazonia y para promover su integración a la nación. Estos esfuerzos podrían considerarse como parte de un proyecto, no necesariamente explícito, de la "apropiación" de la "Amazorinoquia" por parte de la Universidad a través de la investigación científica. Por otra parte, el proyecto que originó el profesor Páramo, que podría denominarse como de "integración" de las fronteras a la nación, se materializó con la creación de las sedes de Leticia, San Andrés y Arauca. Curiosamente, se trata de dos proyectos político-culturales que, por razones de claridad, necesitan contrastarse: uno que intenta apropiarse la frontera por medio de la ciencia; otro que integra la frontera a la nación, en un momento de expansión de la globalización pero creando comunidades académicas y científicas locales, propias, amazónicas. Si existe una diferencia cronológica, hoy en día, los dos proyectos conviven en tensión en la Universidad Nacional de Colombia hasta nuestros días.

#### LA APROPIACIÓN DE LA AMAZONIA COLOMBIANA POR MEDIO DE LA CIENCIA

Vamos a registrar tres tipos de iniciativas de gran importancia para el establecimiento y formación de una masa crítica en la región amazónica por parte de la Universidad Nacional de Colombia, que pueden ser consideradas como precursoras de la actual Sede Amazonia<sup>12</sup>, creada en 1994, y del Instituto Amazónico de Investigaciones (IMANI), un año después. El primero, relacionado con la creación de la Reserva de la Macarena en 1948; el segundo, los esfuerzos de investigación asociados al Programa Orinoquia-Amazonia Colombiana (ORAM), y el tercero, los trabajos y proyectos liderados por otras instituciones o por importantes académicos, no necesariamente pertenecientes a la Universidad Nacional, pero que sirvieron de apoyo y de lugar de encuentro y retroalimentación investigativa. En estos últimos trabajos participaron varios profesores y se formaron varias generaciones de estudiantes y de investigadores de la Universidad Nacional de Colombia. En síntesis, aparte de la reserva y el Programa ORAM, se mencionan la iniciativa del Instituto Geográfico Agustín Codazzi en relación con el Proyecto Radargramétrico del Amazonas (Proradam), la cooperación holandesa y la Corporación Araracuara, además de otros intelectuales de influencia nacional que también ayudaron a desbrozar el camino amazónico, tales como Ernesto Guhl (1915-2000), Gerardo Reichel Dolmatoff (1912-1994) y Jorge Hernández Camacho (1935-2001), este último precursor de la biología de la conservación en el país.

<sup>12</sup> En 1994 se constituyó en la Amazonia la primera de las sedes de frontera de la Universidad Nacional de Colombia con el nombre de Sede Leticia. Este nombre fue cambiado a Sede Amazonia a partir de la expedición del actual Estatuto General en el 2005.







## LA RESERVA DE LA MACARENA

Quizás el primer y más importante experimento en la dirección de investigar la Amazonia y la Orinoquia surgió de la constitución de la sierra de la Macarena como una reserva natural al cuidado de la cual quedó la Universidad Nacional de Colombia por encomienda del Estado central, a finales de la década del cuarenta. No para todos es evidente que La Macarena es amazónica. En respuesta que envió un distinguido conservacionista colombiano en el 2015, Rodrigo Botero, a la pregunta sobre en qué país amazónico se habría instaurado el primer parque nacional, afirmó instantáneamente que el primero fue La Macarena, y lo situó en 1948. Esta respuesta era significativa aunque, hay que decirlo, no solo era imprecisa sino que estaba condicionada por el afán de poner al país como abanderado y pionero de una causa conservacionista que se considera loable, como muestra del reconocimiento de la importancia y singularidad biótica de este inmenso bioma suramericano. Sin duda, La Macarena fue la primer área protegida del país en el siglo pasado, pero esta solo se erigió como parque nacional varias décadas después, en los ochenta, mediante el Decreto 1989 del 1º de septiembre de ese mismo año (1989)<sup>13</sup>, veinte años después de la creación en 1968 del Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables (Inderena), como parte de una política también considerada pionera, que se expresó en la aprobación del Código de los Recursos Naturales en 1972 y que tuvo a profesores de la Universidad Nacional como Julio Carrizosa como líderes de esta iniciativa. Con este código se definió la actual clasificación de las áreas protegidas, no solo de los parques nacionales. También hay que decir, en todo caso, que La Macarena no solo es amazónica, ya que está en la confluencia de la Orinoquia, la Amazonia y la cordillera de los Andes, a la vez que deriva su configuración geológica de la formación de las Guyanas, lo que la convierte, a ojos de los botánicos, zoólogos y geólogos en “una obra de la naturaleza de notable interés científico” (González, 1989, p. 118).

Efectivamente, a través de la Ley 52 del 24 de noviembre de 1948 (Congreso de Colombia, 1948), durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez (1891-1976), el mismo año del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (1903-1948), La Macarena fue declarada como reserva natural nacional y se creó la Estación José Jerónimo Triana, al tiempo que se la estableció como sección del Instituto de Enfermedades Tropicales Roberto Franco, en nombre del destacado médico que también fue rector de la Universidad Nacional. Esta estación tuvo como antecedente la creación, en 1934, del laboratorio de la Fundación Rockefeller en el municipio de Restrepo, Meta, donde se construyó la sede en Villavicencio en 1936 (actuales instalaciones), orientando sus investigaciones hacia la medicina tropical. En 1947 se transformó en el Instituto de Enfermedades Tropicales Roberto Franco (IRF) (Congreso de Colombia, 1948). En 1971 este instituto se adscribió a la Facultad de Ciencias con

<sup>13</sup> Cuando los parques nacionales dependían aún del Inderena y este del Ministerio de Agricultura.



el nombre de Estación de Biología Tropical Roberto Franco, mediante el Acuerdo 16 del Consejo Superior Universitario (Universidad Nacional de Colombia, s. f.). De este modo, La Macarena es adscrita al Instituto Roberto Franco que, con el tiempo, pasa a ser parte de la Facultad de Ciencias. Posiblemente, en síntesis, la Facultad de Ciencias y particularmente el Instituto de Ciencias Naturales (ICN), fueron los que primero concentraron su mirada en la apropiación científica de la Amazonia a mediados del siglo pasado, lo cual desde el punto de vista de un esfuerzo institucional hacia la región merece reconocimiento.

En el artículo 4° de la Ley 52 de 1948 (Congreso de Colombia, 1948) se anunció que “En el presupuesto nacional se apropiarían las partidas para el funcionamiento de la Estación Ecológica de La Macarena”. Parece que eso no ocurrió, o dejó pronto de ocurrir, pues las noticias disponibles se remiten a 1963, cuando pasó a ser administrada por el Centro Experimental de Investigaciones Amazónicas (CEDIA) a partir de su creación ese mismo año. Se volverá a este centro no sin decir que, años después, el profesor Antanas Mockus afirmó, en 1989, en su condición de vicerrector, en el prólogo del libro publicado por la Universidad en ese año, que la historia de la Reserva de La Macarena era una “ilustración ejemplar de la debilidad de la ley cuando no se acompaña de los medios necesarios para hacerla cumplir” (Mockus, Cubides y Avellaneda, 1989, p. 8).

El avance de la Universidad Nacional para apropiar y, eventualmente, integrar estos territorios fronterizos demanda más detalle, sobre todo en unas décadas en las que el país, sumido en una compleja situación de violencia política tenía poco tiempo, perseverancia y paciencia, así como recursos para hacer esa apropiación del territorio a través de la ciencia. Por esto las decisiones institucionales al respecto, ante la ausencia de una mejor indagación, siguen siendo un poco nebulosas, difíciles de seguir y requieren testimonios de los protagonistas del momento, tarea que queda pendiente por realizar.

Las luchas sociales, particularmente campesinas e insurgentes desde los años sesenta, y las décadas siguientes, donde se inscribe la creación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), terminaron afectando o diluyendo los propósitos científicos y la “obra natural de notable interés científico” que se pensaba era La Macarena, pues se convirtió en un lugar muy difícil, no solo por razones de acceso, que hacían peligroso o azaroso en extremo adelantar cualquier investigación. La Universidad solo regresó a La Macarena en “serio” hacia finales de los años ochenta, cuando por razones asociadas a los conflictos de la “naturalidad” humana se requerían nuevos arreglos sociales, así como la sustracción y realindamiento de la reserva, por lo que un notable equipo de investigadores de las ciencias naturales y sociales produjeron un importante documento liderado por el profesor de sociología Fernando Cubides. Y aunque parece que la sustracción y realindamiento no se mantuvo como propósito al final del trabajo, lo cierto es que entonces las ciencias sociales también tuvieron que decir sobre un territorio de frontera que hasta entonces había sido de especial interés para las ciencias naturales (Mockus, Cubides y Avellaneda, 1989, p. 8).



Pasar del imaginario de que La Macarena estaba completamente despoblada y que se podía defender sola de las agresiones humanas o de la “perturbación antrópica”, tal como se entendía desde la ecología la influencia humana en el paisaje natural por aquellos años, a uno en que la deforestación y el conflicto socioambiental se generalizaron, requirió solo tres décadas. Los investigadores de la Universidad reconocieron esto por lo que Mockus planteó que el problema ahora consistía en “proteger al mismo tiempo a los colonos frente al embate del latifundismo y a la reserva biológica frente a la praderización” (Mockus, Cubides y Avellaneda, 1989, p. 15). Suena extraño y se necesita una mayor explicación al decir que había que proteger a los colonos del embate del latifundismo, en un territorio en que las Farc ya se habían convertido en un actor determinante. En todo caso, el profesor Mockus, con la agudeza académica que lo caracteriza, anotaba las dificultades que tenía la Universidad para actuar en esas condiciones ya que se trataba de “las difíciles relaciones entre lo científico y lo político” (Mockus, Cubides y Avellaneda, 1989, p. 15).

En ese proceso de transformación de una Macarena desocupada a una Macarena poblada, su administración pasó al Inderena avanzados los años setenta que, como se sabe, dependía del Ministerio de Agricultura. Su declaración como Parque Nacional Natural en 1989, que sugiere el triunfo de la visión conservacionista predominante, subsidiaria de la implementada en Estados Unidos, que propugna por la creación de áreas de protección estricta, sin habitantes, parecía la más adecuada para fines de protección de los ecosistemas naturales; sin embargo, como se ve hoy en día, no dio cuenta adecuada del incremento de la presión social y política sobre este territorio otrora prístino. Un ejemplo de la manera de resolver esta contradicción, que no significó su resolución definitiva, fue el realinderamiento del territorio original de la reserva, que fue cuestionado por el rector Ricardo Mosquera (1989), al interpelar la decisión del Inderena y del Incora de sustraer parte de la reserva, titulando 360 predios.

Lo cierto es que si La Macarena fue una oportunidad importante para que la Universidad se acercara a las fronteras interiores, vista con gran interés científico, poco fue lo que pudo hacer por debilidad institucional, presupuestal o por falta de decisiones más acordes con la importancia no solo científica sino social de una región que seguía marginada en los imaginarios de la nación, lo que por supuesto no excluía a la misma Universidad en su conjunto.

De hecho, la visión que se tenía sobre estos espacios no convertidos todavía en regiones, es decir, las fronteras interiores de la nación, implicaba la apropiación de este territorio a través del trabajo científico mediante el establecimiento de estaciones científicas, como la Roberto Franco o la misma Estación Científica de Leticia, como se denominó la actual Sede Amazonia en sus cinco primeros años de existencia entre 1989 y 1994. Este tipo de organización institucional era del mismo estilo que la implantada por países colonialistas que apropiaron territorios a punta de la extracción de información de pobladores locales y elaboración de conocimiento en sus colonias, una perpetuación de epistemologías



Pasar del imaginario de que La Macarena estaba completamente despoblada y que se podía defender sola de las agresiones humanas o de la “perturbación antrópica”, tal como se entendía desde la ecología la influencia humana en el paisaje natural por aquellos años, a uno en que la deforestación y el conflicto socioambiental se generalizaron, requirió solo tres décadas. Los investigadores de la Universidad reconocieron esto por lo que Mockus planteó que el problema ahora consistía en “proteger al mismo tiempo a los colonos frente al embate del latifundismo y a la reserva biológica frente a la praderización” (Mockus, Cubides y Avellaneda, 1989, p. 15). Suena extraño y se necesita una mayor explicación al decir que había que proteger a los colonos del embate del latifundismo, en un territorio en que las Farc ya se habían convertido en un actor determinante. En todo caso, el profesor Mockus, con la agudeza académica que lo caracteriza, anotaba las dificultades que tenía la Universidad para actuar en esas condiciones ya que se trataba de “las difíciles relaciones entre lo científico y lo político” (Mockus, Cubides y Avellaneda, 1989, p. 15).

En ese proceso de transformación de una Macarena desocupada a una Macarena poblada, su administración pasó al Inderena avanzados los años setenta que, como se sabe, dependía del Ministerio de Agricultura. Su declaración como Parque Nacional Natural en 1989, que sugiere el triunfo de la visión conservacionista predominante, subsidiaria de la implementada en Estados Unidos, que propugna por la creación de áreas de protección estricta, sin habitantes, parecía la más adecuada para fines de protección de los ecosistemas naturales; sin embargo, como se ve hoy en día, no dio cuenta adecuada del incremento de la presión social y política sobre este territorio otrora prístino. Un ejemplo de la manera de resolver esta contradicción, que no significó su resolución definitiva, fue el realinderamiento del territorio original de la reserva, que fue cuestionado por el rector Ricardo Mosquera (1989), al interpelar la decisión del Inderena y del Incora de sustraer parte de la reserva, titulando 360 predios.

Lo cierto es que si La Macarena fue una oportunidad importante para que la Universidad se acercara a las fronteras interiores, vista con gran interés científico, poco fue lo que pudo hacer por debilidad institucional, presupuestal o por falta de decisiones más acordes con la importancia no solo científica sino social de una región que seguía marginada en los imaginarios de la nación, lo que por supuesto no excluía a la misma Universidad en su conjunto.

De hecho, la visión que se tenía sobre estos espacios no convertidos todavía en regiones, es decir, las fronteras interiores de la nación, implicaba la apropiación de este territorio a través del trabajo científico mediante el establecimiento de estaciones científicas, como la Roberto Franco o la misma Estación Científica de Leticia, como se denominó la actual Sede Amazonia en sus cinco primeros años de existencia entre 1989 y 1994. Este tipo de organización institucional era del mismo estilo que la implantada por países colonialistas que apropiaron territorios a punta de la extracción de información de pobladores locales y elaboración de conocimiento en sus colonias, una perpetuación de epistemologías



coloniales sobrevivientes o mal enterradas (Nieto, 2000; Willems-Braun, 1997). Hubo que esperar hasta el final del siglo xx para que Guillermo Páramo como rector propusiera, por primera vez, la más ambiciosa y atrevida visión des-colonizada del trabajo científico de la Universidad en los territorios de frontera. Todavía faltaba formar más comunidad académica experta en la Amazonia. En esa ambigua dirección formativa, por un lado, descubrir y conocer las fronteras con su matiz colonialista, para formar comunidad académica nacional, podría ubicarse el Programa ORAM. Los comienzos de la formación de comunidad académica local tardarían casi cuatro décadas más. Con esto, la apropiación de la Amazonia por medios científicos se parecía dilatar, al menos temporalmente, mientras que la apropiación a través de la creación de áreas territoriales circunscritas sustituyó esta apuesta.

#### PROGRAMA ORINOQUIA-AMAZONIA (ORAM) Y EL CENTRO EXPERIMENTAL DE INVESTIGACIONES AMAZÓNICAS (CEDIA)

Al igual que en el caso de la Reserva La Macarena, otros esfuerzos iniciales de la Universidad para investigar la Orinoquia y la Amazonia fueron tortuosos, e invariablemente dependieron de decisiones del Gobierno nacional. Una de esas apuestas resultó de la promulgación de Ley 69 de diciembre 23 de 1963, por la cual se le concedieron al presidente de la República facultades extraordinarias para adoptar unas reformas en materia aduanera, lo que tendría incidencia en la frontera amazónica, entre otras. Así, además de que se le dio el carácter de municipio a Leticia, se le otorgó la posibilidad de tener un estatus aduanero especial y se le asignó además un presupuesto específico para construir el muelle flotante y la continuación de la carretera Leticia-Tarapacá. En ese mismo paquete de medidas, se preveía la creación del Centro Experimental de Investigaciones Amazónicas (CEDIA), como dependencia de la Universidad Nacional de Colombia, señalándole sus objetivos y afirmando que este instituto trabajará en toda la Amazonia (sic) colombiana. En este contexto, curiosamente el CEDIA parecía ser el resultado de un “mico” legal, debido a que el núcleo de la ley se refería a otros asuntos aduaneros ya mencionados. Otro asunto que merece mayor indagación.

El trabajo no avanzó: se empujó y se convirtió en buenas intenciones legales y burocráticas. Por el Decreto 581 de 1966, el presidente de la República reglamentó el funcionamiento del CEDIA y prescribió que este “comprende a grandes rasgos el río Amazonas [...] y su radio de acción cubrirá las comisarias de Putumayo, Amazonas, Vaupés y Guainía [no existía la comisaría de Guaviare] y la intendencia del Caquetá” (art. 1), por medio de actividades científicas y económicas (art. 2). Tendría base en Leticia pero con una oficina central en Bogotá. El mismo art. 2 contemplaba la realización de una amplia variedad de inventarios, así como el estudio y la localización de centros experimentales en numerosas áreas. Además incluía el estudio de “problemas religiosos, sociales y culturales”. También debía elaborar un plan de desarrollo económico y social; el Consejo Superior quedó facultado



para reglamentar y desarrollar esta normatividad. En el art. 5 se estableció que el Ministerio de Agricultura debía ceder al CEDIA el puesto de monta, además de tener una función consultiva para el Gobierno en planes de integración regional (art. 9). En 1967, el Dr. Federico Medem (1912-1984) del ICN consiguió recursos por 5000 dólares del Latin American Office of Aerospace Research (Resolución 213 de 1967 del Consejo Superior Universitario)<sup>14</sup>. En este mismo acto administrativo del Consejo Superior Universitario también se mencionaba la posibilidad de crear un sistema cohesionado de sedes regionales o un sistema interregional de sedes, así como de la coordinación con otras universidades (art. 6)<sup>15</sup>.

En 1971 este instituto fue adscrito al ICN por el Acuerdo 16 de 1973 Consejo Superior Universitario que, en su artículo 21 dice así: "Adscribase al Instituto de Ciencias Naturales el estudio, defensa y conservación de la reserva natural 'La Sierra de la Macarena' puesto bajo el control y manejo de la Universidad Nacional de acuerdo con la Ley 57 de noviembre 9 de 1963". También se creó provisionalmente el Programa ORAM en 1972 y, en uno de sus párrafos, prescribía que la administración de los programas realizados con la sierra de la Macarena, estarán bajo el control y vigilancia del CEDIA. El programa, más que el CEDIA, pudo producir mayores resultados.

El CEDIA no parece haber iniciado actividades con muchos bríos, y su trayectoria no es tan clara. En 1972, al crearse el Programa ORAM, como un programa de investigación y docencia que se adscribió al ICN y que reglamentó el Fondo Especial, respectivamente (Resoluciones 188 y 189 de 1972 de la Rectoría de la Universidad Nacional de Colombia). En 1975 se puso en ejecución el Programa ORAM (Resolución 131) siendo Wenceslao Vargas Oviedo su coordinador general. Mediante Acuerdo 7 de 1976 se adscribió el Programa ORAM al CEDIA y luego, en 1985, tal vez para elevarle el estatus institucional se lo adscribió a la Vicerrectoría Académica (Acuerdo 124 de 1980 Estatuto General). Los intentos de organizar una estrategia sistemática para estudiar la Amazonia y la Orinoquia no dejaban de mostrar pocos avances y algunos retrocesos.

El Programa ORAM, como programa de carácter interdisciplinario, permitió unificar esfuerzos para estudiar y mapear paisajes fisiográficos colombianos de la Orinoquia y la Amazonia, trabajando durante diez años en el reconocimiento de las provincias fisiográficas surorientales de Colombia. En efecto, por la Resolución 189 del 5 de junio de 1972, se creó y reglamentó el Fondo Especial del programa. Inicialmente debía trabajar una década, aunque este trabajo se prolongó más

<sup>14</sup> Esta donación pudo haber generado controversia, ya que en el art. 76 de 1969 del Consejo Superior Universitario se afirma que la Universidad "actuará siempre con un criterio de defensa y exaltación de la nacionalidad colombiana" (art. 5).

<sup>15</sup> A propósito de esto, saltando momentáneamente a la actualidad, es notable que este sistema, al menos en el papel, superaba al sistema "multisedes", lema que circuló con cierta visibilidad durante la rectoría del profesor Wasserman. Las propuestas que privilegiaban un modelo intersedes no fueron estimadas porque no se consideraron oportunas durante su administración (comunicación personal).



allá de ese periodo. Produjo publicaciones que fueron el resultado de las investigaciones relacionadas con las regiones naturales de Orinoquia y la Amazonia, particularmente sus paisajes fisiográficos y profundizó en temas como bioclima, hidrología, geología, fauna y vegetación (Programa ORAM, 1999). A estas investigaciones se vincularon los nombres de importantes académicos vinculados o cercanos al ICN, como Pedro Ruiz, en los estudios herpetológicos; Jesús Hidrobo, en botánica; Germán Márquez y Gabriel Guillot, en ecología; Pedro Botero, Álvaro Fernández y Pablo Leyva, en edafología, etnobotánica y conservación, entre otros temas. De este modo, los científicos naturales y algunos de las ciencias sociales, como Camilo Domínguez, irían avanzando en su propósito de producir conocimiento amazónico en nombre de la Universidad Nacional de Colombia. Otras iniciativas que no provenían directamente de la Universidad sirvieron de base y retroalimentación para que el país y la misma Universidad logaran, lentamente, construir una comunidad académica experta en la "Amazorinoquia".

En resumen, a pesar de los esfuerzos y la producción de muchos de estos académicos, poco fue lo que hizo el CEDIA desde una perspectiva propiamente institucional. Este centro en 1988 pasó a ser una dependencia del Ministerio de Agricultura (art. 3 de la Ley 13 de 1988), a pesar de que siguió vinculado a la Universidad Nacional de Colombia y de manera accesoria al Departamento Administrativo de Intendencias y Comisarías (Dainco). En carta del 2 de agosto de 1989, firmada por el rector Ricardo Mosquera, dirigida a José García Bailleres, ponente de la iniciativa, la Universidad reconoció que el CEDIA "no ha operado como es debido" nunca funcionó, lo que no le impidió proponer, no obstante, que todos los trabajos de que había hecho la Universidad en lo sucesivo, podían ser coordinados por este centro reforzando su carácter interinstitucional. Entre tanto, y de manera simultánea, la Universidad estaba explorando otros caminos al disponer, en 1988, de varios cargos administrativos y también docentes para la Estación Científica de Leticia que se crearía en noviembre del año siguiente mediante el Acuerdo 105 del Consejo Superior Universitario.

#### ALGUNAS INICIATIVAS QUE SENTARON LAS BASES DE UNA COMUNIDAD CIENTÍFICA SOBRE LA AMAZONIA: PROYECTO RADARGRAMÉTRICO DEL AMAZONAS (PRORADAM), CORPORACIÓN ARARACUARA, PROYECTO DAINCO-CASAM

Otra iniciativa pública, indirectamente relacionada con la Universidad Nacional de Colombia, sentaría elementos básicos para el conocimiento de los territorios de la frontera interna, particularmente el suroriente del país, y en ese proyecto, el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, localizado físicamente dentro de los predios de la Universidad en Bogotá, desempeñó un papel importante desde finales de la década del sesenta. En particular, la presencia de quien luego será profesor de la Universidad, Julio Carrizosa, como director de este instituto,



significó un avance importante para la geografía y la cartografía en Colombia ya que promovió desde 1979 la publicación de la revista *Colombia Geográfica*, que era supervisada por Enrique Pérez Arbeláez (1896-1972), y que dio un notable impulso a la carta del país, incluyendo la de la Amazonia. Simultáneamente, hizo su aparición la cooperación holandesa para avanzar en el conocimiento de los territorios de frontera del suroriente colombiano, como una manera de anunciar una nueva era de internacionalización de la Amazonia.

La cooperación holandesa aterrizó en Colombia tratando de aportar al desarrollo del país, como era la regla en la época, para el caso de los países que debían seguir el camino de las naciones económicamente más aventajadas y exitosas como la misma Holanda. Curiosamente, desde los años setenta, un poco insospechadamente, esta cooperación ancló su trabajo, por decisiones internas, es decir nacionales, en la Amazonia (Zewuster, 2010). La cooperación holandesa empezó ofreciendo y desarrollando importantes cursos de formación en un tipo de tecnología de punta para la época, en el Centro Internacional de Aerofotografía (CIAF), que promovía los sensores remotos. Esta tecnología podía aportar en materias varias como suelos, clima, arqueología y ciencias de la Tierra a través de un nuevo proyecto llamado Proyecto Radargramétrico del Amazonas (Proradam), similar al Radambrasil, emprendido por el lado brasileiro de la Amazonia. El interés era “estudiar a nivel exploratorio los principales recursos físicos y humanos”, con el propósito de disponer de elementos de juicio “para planificar y orientar su integración paulatina al proceso de desarrollo de la nación” (Zewuster, 2010, p. 70). En este proyecto participaba no solo el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) sino el Ministerio de Defensa. Sus unidades de análisis estaban asociados a la categoría de “paisaje”, con lo que sentaron las bases para desarrollar ecología del paisaje pero también planificación regional.

Adicionalmente, también con apoyo parcial de la cooperación holandesa, en la cual desempeñó un papel importante Thomas van der Hammen (1924-2010), la Corporación Araracuara, asociada a la Universidad Jorge Tadeo Lozano, constituyó su estación experimental para proyectos de desarrollo agropecuario en el corregimiento del mismo nombre, lugar de asentamiento anterior de los años treinta de la infame colonia penitenciaria en los límites de lo que hoy son los departamentos de Caquetá y Putumayo. Se trataba de apuntarle a un fin con triple propósito: 1) presencia del Estado en las fronteras interiores; 2) el desarrollo del país, y 3) aporte al conocimiento científico. Más específicamente, se trataba de “efectuar una práctica productiva experimental, básicamente en el sector agropecuario y silvicultural” en el corregimiento de Araracuara (Zewuster, 2010, p. 70). Igualmente, la cooperación holandesa aportó al proyecto del Dainco, la entidad pública encargada de manejar los territorios nacionales y en particular el programa Dainco-Casam, para la creación de condiciones en los territorios nacionales que, partiendo del uso racional de los recursos naturales, sirva para mejorar el nivel de vida de la población de la región amazónica (Zewuster, 2010, p. 71). La cooperación holandesa también aportó en proyectos de manejo forestal, educación indígena o etnoeducación, y atención primaria en salud.



Para avanzar en un balance general provisional, vale la pena retomar uno de los aspectos importantes de la cooperación holandesa que se empatará muy bien con la propuesta de Guillermo Páramo. Se trataba de una plataforma de apoyo a la formación científica que luego fructificó en una ONG conocida como Tropenbos International (TBI), con sede en los Países Bajos y establecida en 1986, en respuesta a la preocupación por la desaparición y degradación de los bosques tropicales en todo el mundo. Dicha entidad financió la formación de estudiantes colombianos en las universidades holandesas, trabajos de campo en la Amazonia, investigaciones y contactos de los cuales se han derivado no menos de cien importantes publicaciones y otros tantos doctorados. Tropenbos-Colombia, desde su comienzo, se ha mantenido apoyando el conocimiento local de los sabedores amazónicos en una vertiente crítica a la apropiación de la Amazonia, dándoles el protagonismo a los sabedores indígenas. En las anteriores iniciativas se formaron parte importante de los académicos y científicos, prioritariamente de la Universidad Nacional de Colombia, así como de otras universidades. Como se ha establecido, los científicos naturales consideraban la Amazonia su territorio científico, pero otros académicos e intelectuales se formaron y promovieron el conocimiento de la "Amazorinoquia" y, poco a poco, empezaron a ingresar científicos sociales.

En la relación que se ha hecho hasta ahora no se mencionan todos aquellos que formaron una masa crítica suficiente para que el país empezara a entender la Amazonia; la lista es larga y sería materia de otro artículo. Por ahora, adicionalmente, se nombran algunos vinculados o no a la Universidad Nacional, aunque la Universidad fue sin duda su principal interlocutor y referente cotidiano. Entre estos académicos y promotores del conocimiento y trabajo en la región amazónica están Francisco Correa, Pedro Botero, Carlos Rodríguez, Roberto Pineda, Fernando Franco, Fernando Urbina, Margarita Chávez, François Correa, Juan José Vieco, Sonia Uruburo y Camilo Domínguez, que no por estar mencionado al final es el menos importante. Camilo Domínguez ha sido uno de los académicos más emblemáticos e importantes por su trabajo y su conocimiento de la Amazonia colombiana en nombre de la Universidad Nacional. Sociólogo y geógrafo con formación doctoral en Belém do Pará, con influencias del notable geógrafo brasileiro Milton Santos, Camilo recorrió la Amazonia y trabajó por ella a través de sus investigaciones históricas, sociales y geográficas, lo que le valió, entre otros reconocimientos, el haber sido designado como el primer director y fundador del IMANI, en 1995, y quien trabajó al lado de Augusto Gómez, también de la Universidad Nacional, desde la antropología y la historia, haciendo notables aportes al conocimiento y la comprensión de la región amazónica colombiana.

Algunas de estas personas no solo se preocuparon por conocer la Amazonia sino también por transformarla, participando en la generación del entonces emergente debate entre la conservación, muy afín a la visión de los científicos naturales, y el desarrollo como tendencia predominante dentro de las políticas estatales. A contrapelo de las teorías desarrollistas y de los intentos del Estado colombiano por implementarlas en la Amazonia, por indicación en muchos casos de los gobiernos



de los países “centrales” o de las agencias internacionales a su servicio, que sin mayor detenimiento proponían para la Amazonia las mismas fórmulas de crecimiento económico, acordes con las que hoy se promueven bajo el eufemístico y anacrónico nombre de “locomotoras del desarrollo”, muchos de estos académicos, incluidos los agrónomos, cuestionaron los intentos del Estado de implantar en la región el modelo de desarrollo predominante, demostrando su poder destructivo sobre el mundo natural y el universo sociocultural amazónicos.

### OTROS APORTES PARA EL CONOCIMIENTO DE LA REGIÓN AMAZÓNICA

Las instituciones académicas y de investigación han garantizado cierta continuidad y estabilidad en los propósitos de generar conocimiento desde y para la región. Sin embargo, es importante mencionar el papel de algunos intelectuales, cuyo trabajo seminal ha sido importante a nivel nacional, pero cuyos aportes también tienen un alcance o una dimensión regional y que se convertirían en “instituciones” por sí mismos. Se mencionan aquí solo tres casos: uno desde la geografía, el segundo desde la biología de la conservación y el tercero desde la antropología. El primero es Ernesto Guhl (1915-2000), profesor de la Universidad Nacional de Colombia de origen alemán, quien migró al país en medio de la crisis ocasionada por la guerra mundial y que en su momento fue clave para el desarrollo de la regionalización del país, geógrafo y caminante quien aunque muy reconocido por sus trabajos sobre páramos también aportó al conocimiento de la Amazonia colombiana. Entre sus principales trabajos están el que se denominó “Colombia, bosquejo de su geografía tropical”, que se publicó hace ya cuarenta años y fue reeditado por la Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional (2017), o el que contiene importantes reflexiones sobre los límites y las fronteras de Colombia y en particular de la región amazónica (Guhl, 1991). El segundo es Jorge Hernández (1935-2001), asombroso autodidacta cercano a la Universidad, profundo conocedor de la diversidad faunística de la Amazonia, que proyectó los trazados y justificaciones biológicas de los parques nacionales naturales. El tercero es Gerardo Reichel Dolmatoff (1912-1994), creador del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, decisivo para despertar el interés académico en los pobladores originales de la Amazonia colombiana. Todos ellos, con una visión amplia y con investigaciones sobre el país que también fueron claves para avanzar en el conocimiento y la comprensión de la Amazonia.

Desde finales de la década del ochenta otras personas que se han considerado también instituciones empezaron a desarrollar una misión, menos de horizonte científico y más de horizonte político-cultural, como Martín von Hildebrand (1943), yerno de Dolmatoff, quien junto con el abogado Roque Roldán se convirtieron en interlocutores de varios presidentes de Colombia, enarbolando las banderas del indigenismo, alternado eventualmente con el ambientalismo, buscando



crear resguardos en los departamentos de Amazonas, Guainía y Vaupés. En 1989, el mismo año de creación de la Estación Científica de Leticia, el primero organizó la Fundación Gaia con el propósito tanto de empoderar a las comunidades y pueblos indígenas amazónicos, como de apoyar su organización con abogados, antropólogos y expertos en salud. Ya desde finales de los años ochenta von Hildebrand había logrado acompañar a los descendientes de los sobrevivientes del holocausto del pueblo murui (antes uitoto) en la recuperación del Predio Putumayo, testigo de las infames masacres caucheras de finales del cambio de siglo XIX al XX, a recuperar su territorio como asesor de asuntos indígenas del presidente de esa época, Virgilio Barco (1921-1997). Desde aquí contribuyó el fundador y director de Gaia Amazonas a la transformación constitucional del país en 1991, y sus desarrollos con la reinención de Colombia como un país multiétnico y pluricultural, a la conversión de los territorios nacionales y el reconocimiento de los derechos territoriales de los pueblos amazónicos. Algunos de los antropólogos que se acabaron vinculando a la Sede Amazonia y al IMANI habían desarrollado importantes trabajos en esta fundación, tal es el caso de Juan Álvaro Echeverri, Carlos Franky y, posteriormente, Dany Mahecha. Estos últimos formaron la segunda generación de académicos<sup>16</sup> que se incorporaron al trabajo amazónico de la Universidad Nacional de Colombia en Leticia, así como a su instituto de investigación<sup>17</sup>. Con estas "contrataciones" se conformó el equipo político-institucional que la Universidad dispuso para la investigación científica y para un nuevo marco de comprensión de la Amazonia. Esta fue la forma como se materializó la propuesta de Guillermo Páramo, contenida en el documento CONPES de 1995 para conformar *comunidades académicas locales en las regiones de integración fronteriza*. Este documento, a pesar de no haber sido aprobado como política de Estado, sentó las bases de la actual política de fronteras de la Universidad Nacional de Colombia.

#### LA SEDE AMAZONIA Y EL IMANI

Es un hecho que la Facultad de Ciencias y el ICN, particularmente, botánicos y zoólogos miraron como laboratorio de conocimiento privilegiado a la Amazonia. En 1989, con la creación de la Estación Científica de Leticia, se continuaron los intentos de institucionalizar los esfuerzos de proyección científica, retomando los trabajos anteriores al final de una década en la que cualificando a la biología convencional se empezaban a interesar en perspectivas ecosistémicas, consagrando el objeto de trabajo central de su oficio a la biodiversidad y haciendo importantes aportes a la biología

<sup>16</sup> Junto con Allan Wood y Carlos Zárate en 1996, o Germán Palacio en el 2001.

<sup>17</sup> La primera generación de docentes investigadores del IMANI estaba encabezada por Camilo Domínguez, su primer director, y por los profesores Santiago Duque y Pablo Palacios, que se trasladaron a Leticia desde que se creó la Estación Científica en 1989. Otros docentes (François Correa, Santiago Moreno, Augusto Gómez, Fernando Franco) apoyaban el trabajo desde Bogotá.



de la conservación, muy a tono con los avances en esta disciplina desarrollados en otras latitudes, como los de Soulé (1986) y Wilson (1999)<sup>18</sup>. Dos noveles investigadores, Pablo Palacios y Santiago Duque, hicieron el compromiso de permanecer en la Estación como enlace clave del Departamento de Biología y en particular del ICN. Desde entonces, el profesor Duque ha cimentado una larga trayectoria de investigación en limnología amazónica, y su equipo de trabajo ha contribuido enormemente al conocimiento de las aguas de todo tipo que cruzan la Amazonia.

Hay que tener en cuenta que esta empresa seguía siendo un esfuerzo convencional de apropiación de la frontera a través de estaciones científicas pensadas desde el centro, con poco sentido político de investigar y construir región en los territorios de frontera. Sin embargo, la Estación sirvió de base para una propuesta más atrevida y cualificada políticamente, que pocos años después (1994) y dirigida por un antropólogo, el profesor Páramo, planteó que ahora el objetivo central no se trataría más de la investigación de un territorio extraño sino de la construcción de comunidad académica y de integración de esta frontera a la nación, con lo que el propósito de la Universidad se ubica en el horizonte de la transformación de la frontera en región, como de una nueva manera de concebir su articulación a la nación.

#### LA BÚSQUEDA DE UNA VISIÓN DESCOLONIZADA DE LA MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA EN LAS FRONTERAS

Guillermo Páramo, entonces rector de la Universidad, asumió la responsabilidad de elaborar el borrador del documento CONPES de 1995, con el que se sentaron las bases de la política nacional para que la Universidad Nacional de Colombia se animara a crear sedes en las fronteras (figura 3), en proceso de ser transformadas en región y mejor integradas al resto del país, basado en parte en las transformaciones constitucionales de 1991. En la "Introducción" de dicho documento Páramo, de entrada dos aspectos llaman la atención y son determinantes para la nueva visión de política educativa y científica de la Universidad Nacional: 1) las comunidades académicas locales, y 2) las regiones de integración fronteriza. Para entender estos dos aspectos es necesario explorar el documento.

Páramo inicia haciendo alusión a la Comisión Corográfica y, particularmente, a Manuel Ancizar. Dice el exrector: "La Universidad entra a la historia como continuadora del espíritu de la Comisión Corográfica", ya que "el propósito último de la Comisión no se ha logrado: nuestras selvas, ríos y montañas todavía son tierra incógnita" y agrega: "la herencia de las sociedades milenarias [...] está por descubrirse pero es despreciada, incomprendida y sometida al aniquilamiento". Páramo no se refería solo a la Amazonia sino también a otras "regiones de integración fronteriza":

<sup>18</sup> Fueron bien conocidos sus libros *Conservation biology* de Michael Soulé y *Diversity of life* de E. O. Wilson.



el Caribe, particularmente, San Andrés y Providencia, pero también la Guajira; el Andén Pacífico y Arauca, a la que "apenas ahora se aproxima una carretera" (Universidad Nacional de Colombia. *Conformación de comunidades académicas locales en las regiones de integración fronteriza*, 1995, pp. 1 y ss.).

El documento avanza con el marco de política institucional y legal sobre el cual se sustenta en la primera mitad de la década del noventa; enseguida, propone los "Principios", que vale la pena reseñar: 1) "Reconocimiento de la región como una unidad geográfica e histórica"; 2) desarrollo con sostenibilidad; 3) facilitar la gobernabilidad para la integración; 4) "reconocimiento de la validez del saber de las comunidades locales y la reafirmación de su cultura" (Universidad Nacional de Colombia. *Conformación de comunidades académicas locales en las regiones de integración fronteriza*, pp. 4-6); 5) esquemas investigativos flexibles e interdisciplinarios, y 6) socialización y popularización del conocimiento, priorizando su devolución a las comunidades. Llama la atención este último punto: la prioridad no era la publicación en revistas indexadas de idiomas extranjeros para que los profesores logren más puntos que les sirvan para mejorar su remuneración salarial y contribuyan a la ciencia universal. Nadie disputa sobre la eventual importancia de este aspecto de la producción sino sobre las prioridades en estas "Regiones de fronteras", tal como las percibía Páramo.

El documento luego presenta el contexto geográfico y enseguida describe las "Estrategias y Programas", entre los cuales incluye a institutos de estudios e investigaciones científicas estratégicas y la creación de sistemas alternativos de docencia, investigación y extensión, así como la vinculación a redes nacionales e internacionales de conocimiento. Posteriormente, el documento reconoce la experiencia de la Universidad Nacional de Colombia en las regiones de frontera desde comienzos del siglo xx, sin referirse específicamente a ningún nombre o región, y concluye con un presupuesto para el periodo 1996-98.

La visión de Páramo no se centra simplemente en la investigación de las regiones de frontera; su énfasis está asociado a la formación de talento propio en las fronteras. De este modo, apunta en el largo plazo a romper las visiones que mantienen inalterada la dependencia en el conocimiento del interior del país, en una época en que se resalta la importancia de las sociedades del conocimiento; segundo, el profesor Páramo pensaba tanto en las áreas de frontera, en sí mismas, como en su integración; por tanto, pensaba en una nación que requiere la interrelación sinérgica con las naciones vecinas; tercero, afirmaba la importancia del conocimiento local, milenario e indígena, de modo que se resquebraja la versión eurocéntrica del conocimiento científico. Al final de su introducción al documento CONPES, Páramo afirma lo siguiente: "El sentido original y propio de la Universidad Nacional está más vigente que nunca" (Universidad Nacional de Colombia. *Conformación de comunidades académicas locales en las regiones de integración fronteriza*, 1995, p. 2)

La Sede Amazonia, junto con el IMANI, ha avanzado con dificultades en este espíritu y no siempre ha sido bien comprendida por las autoridades centrales de



la Universidad, ni necesariamente por la comunidad universitaria en su conjunto. Brevemente: Páramo trazó el horizonte que se ha mantenido, así no todos los rectores posteriores lo tengan presente ni lo hayan compartido. Que esta conmemoración del sesquicentenario sea una oportunidad para recordarlo. Durante las administraciones siguientes se hicieron avances; por ejemplo: durante el periodo de Víctor Manuel Moncayo se hicieron aportes concretos para arraigar la propuesta de Páramo, promoviendo la consolidación de los órganos de dirección de la sede, Consejo de Sede<sup>19</sup>, y mejorando las condiciones económicas del personal académico<sup>20</sup>. La atención a las sedes era constante. La presencia física mensual permanente del vicerrector, Gustavo Montañez, y un representante del Consejo Académico en el, así llamado, Consejo de Sede, por ejemplo, algo que cuesta mucho trabajo lograr hoy en día. También el exrector Moncayo, junto con el profesor Montañez, promovieron la prima de localización como estímulo que reciben los profesores para lograr consolidar la comunidad académica y científica. De la misma manera, bajo estas administraciones se abrieron los programas académicos tanto de pregrado (Lingüística)<sup>21</sup> como de posgrado (Maestría en Estudios Amazónicos), y se inició el Programa Especial de Admisión por Áreas, antecesor del actual Programa Especial



Figura 3. La construcción de la Sede Amazonia  
Fuente: Archivo sede Amazonia.

de Admisión por Áreas y Movilidad Académica (PEAMA), con el ofrecimiento de carreras en el área de ciencias sociales, naturales y agropecuarias. La apertura de estos programas significó, nada más ni nada menos, el enraizamiento de la Universidad Nacional de Colombia en la frontera y la región amazónica y, algo aún más importante, la oportunidad para que la población joven de una de las regiones más olvidadas del país tuviera acceso a la

formación profesional universitaria. Este fue un gran paso adelante en comparación al logrado por Guillermo Páramo, en la medida en que la población de la región empezó

19 El Consejo de Sede sesionaba varias veces al año en Leticia con la participación del vicerrector de sede y un representante del Consejo Académico. La reforma del Estatuto General en el 2005 abolió este órgano de dirección y lo degradó, convirtiéndolo en un "comitecico", como lo calificó la vicerrectora Beatriz Sánchez. En los últimos años, este Comité Académico Administrativo, como ahora se denomina, funciona regularmente de manera virtual y dejó de ser el espacio de discusión de la política de la Universidad Nacional de Colombia para la Amazonia.

20 Durante la rectoría de Moncayo se aprobó un "estímulo de frontera" a los profesores vinculados a la sede, con el que se buscaba paliar, al menos económicamente, el elevado costo de vida y las difíciles condiciones familiares que estos profesores debieron asumir al trasladarse a la frontera. Este estímulo desapareció en la actual administración de Ignacio Mantilla, afectando de manera grave a los docentes que piensan en integrarse a las sedes de frontera en un futuro.

21 La importancia del aporte de las profesoras de lingüística no debe ser menospreciado. Aunque hubo profesores, la mayor parte de las docentes fueron distinguidas y dedicadas académicas que hicieron un trabajo del que la Universidad solo podría sentirse orgullosa.



a dejar de ver a la Universidad y a su instituto de investigación como un centro de “científicos” importados de Bogotá, pero con muy poco contacto, conocimiento y compromiso con los problemas de la región y con su gente.

Estos son los antecesores de los actuales programas académicos, tanto de pregrado (PEAMA) como de maestría y doctorado, en los cuales se han empezado a formar varias generaciones de amazonenses no solo del departamento del Amazonas, sino también de manera muy importante del Putumayo, y a los que tiene cada vez más acceso la población indígena, las más excluida históricamente de los servicios del Estado, en particular del derecho a la educación.

En este último periodo fueron muy importantes las administraciones de Moisés Wasserman y de Beatriz Sánchez, vicerrectora general, que permitieron ampliar, así fuese parcialmente, la nómina docente, que pasó de diez a doce profesores en el caso de la Sede Amazonia; con el incremento notable del presupuesto anual de la sede y que pusieron en marcha el PEAMA, al cual acceden anualmente más de 150 egresados de los colegios de bachillerato de la región (figura 4). Todo esto después de superar la crisis que tuvieron las sedes de frontera en el periodo 2004-07, que estuvieron a punto de ser cerradas por una administración que aún creía que el conocimiento y la formación universitaria debían ser el privilegio de quienes vivían en el centro del país, y que además consideraba esta última muy costosa y poco rentable. A tan bajo compromiso llegó la Universidad Nacional de Colombia con la región durante ese tiempo, que no era extraño escuchar del vicerrector general de entonces al justificar el desmantelamiento de la planta de docentes de las sedes de frontera, que era suficiente con que la Universidad enviara investigadores, a la usanza de Harvard o Cambridge, uno o dos meses al año a la región amazónica para realizar las investigaciones necesarias. Bienvenidos al mejor colonialismo interno. Este riesgo de liquidación de las sedes de frontera fue afortunadamente corregido por las administraciones posteriores.



Figura 4. Estudiantes del PEAMA en Leticia. Fuente. Archivo Sede Amazonia.



## UN BALANCE GENERAL

La Universidad Nacional denomina hoy a la Sede Amazonia, localizada en Leticia, al igual que a otras, como sede de presencia nacional, en lugar de sede de frontera como se llamó alguna vez, como indicando, tal vez inconscientemente, que son sedes producto de la reciente expansión de la nación sobre territorios todavía no convertidos en región, o como dirían otros, que pasa por encima de la región. Advertidamente esta denominación tiene un sesgo colonialista, especialmente problemático para el alma máter de la nación con todo su autoproclamado sentido crítico. Parte de su propósito es ayudar a convertir en región estos territorios de frontera y así ayudar a “nacionalizarlos”. Lllamarlas sedes de presencia nacional marca una diferenciación con las sedes andinas: curiosamente ni la Sede Medellín, ni Manizales, ni Palmira son llamadas sedes de presencia nacional. Tiene más sentido llamarlas, como de hecho se hace, sedes regionales. En el debate reciente, a comienzos del siglo xxi, a la llegada de Álvaro Uribe a la presidencia y con nombramiento de un nuevo rector, la Sede Amazonia, dentro de un contexto de resistencia a las decisiones de la rectoría de entonces, entre las que estaban las medidas orientadas a liquidar la sedes de frontera, se popularizó la idea de que todas las que se llamaban seccionales eran sedes andinas.

Como se ha aseverado y reiterado, la Universidad Nacional de Colombia, desde su primer rector, don Manuel Ancizar, ha tenido como misión clave la de construir la nación, algo que podría sonar tautológico. Parte de este proceso debe involucrar la formación del talento de las regiones. Así, en la época de Ancizar, siglo xix, los estados se comprometieron a becar ocho estudiantes de cada uno de ellos. La Universidad, con posterioridad a los años treinta ha estado haciendo su tarea, afrontando desafíos que le permiten ampliar su acción hacia la totalidad de la nación, pero sus respuestas podrían ser “historizadas”, porque parece claro el “qué”, pero no el “cómo”. Para responder al “cómo”, en síntesis, se han propuesto y ofrecido programas de docencia a través de cinco modalidades principales, siendo la más reciente la de PEAMA.

Se pueden dividir esas cinco modalidades en dos grupos: el primero, que implica hardware y el segundo software, queriendo decir, en el caso del primero, el montaje de sedes físicas y comunidad académica y del segundo, que apunta a desplegar programas.

1. La primera modalidad incluye: a) sede central de carácter nacional localizada en la capital del país; b) sedes regionales, las sedes “andinas”, y c) sedes de frontera, de integración o, como se llaman ahora, con poco tino y como retroceso en la concepción, de “presencia nacional”. En la primera versión: a) se trataba de traer el país a Bogotá, lo que implicó fuertes inversiones en bienestar: residencias, cafeterías, alimentación gratis o muy económica, servicios de salud, tarifas académicas o matrículas muy bajas y otros complementos. De hecho, la Universidad Nacional de otros tiempos implicaba movilizar el país reforzando las inversiones en Bogotá, como parte de un Estado centralizado. Bueno, el país de esa época era el país que



conecta a la región Andina con la costa Caribe. Seguramente, lo más caro de toda esta modalidad es la construcción de una comunidad académica permanente. Y será siempre lo más caro para las modalidades que requieren *hardware*.

b) Las sedes regionales fueron las que Marco Palacios, todavía en su segunda rectoría (y seguramente otros antes de él) llamaba seccionales. Estas son las de Medellín, Manizales y Palmira. Se trataba de nacionalizar llegando a lugares que habían construido regiones, lo cual podría morigerar el centralismo académico y científico. En el debate de hace una década con las sedes de frontera, particularmente con la Sede Amazonia, se popularizó la idea de que las sedes regionales se trataban de sedes "andinas", ya que se estaba encontrando y reconociendo un país "olvidado" por el Estado y por la nación, como Páramo ya lo había postulado, más allá de esas regiones andinas. Simultáneamente, y por otro camino, se fueron desarrollando universidades públicas regionales en distintas partes del país, lo que implicaba construir región sin pasar por el sesgo centralista de la nación, ni de la Universidad Nacional en su misión de "nacionalización".

c) Las sedes de frontera, hoy llamadas oficialmente sedes de presencia nacional, aunque perfectamente podrían llamarse de integración y proyección internacional, para quitarle el sesgo colonialista, son la tercera modalidad. En contraste con las sedes regionales, eran de frontera por estar en territorios olvidados, no integrados, espacios reservados a la expansión de la nación, pero también se localizaban en un límite fronterizo internacional. Un problema que hace difícil de desarrollar esta modalidad es que son caras en el corto plazo —y al país y a la Universidad les cuesta mirar en el largo plazo—, particularmente la construcción de comunidad científica permanente, como son caras todas las modalidades de atención a las necesidades de una población en expansión que implique ampliación de cobertura basadas en *hardware*.

2. d) La segunda modalidad implica más que la construcción de nuevas sedes o la ampliación de comunidades académicas (lo más costoso) hacia las regiones y fronteras, la expansión de programas, particularmente de posgrado. Esas modalidades han sido ensayadas con mucho éxito por las facultades y los departamentos. Posiblemente, la Facultad de Derecho no solo fue pionera sino supremamente exitosa promoviendo comunidad académica regional y sentando las bases para la implantación de nuevas facultades de Derecho en las regiones. Se trata de la expansión de los posgrados que se ofrecen en distintas partes del país, muchos de los cuales se articulan con universidades regionales y sirven como un mecanismo de cualificación de esas universidades regionales, como una forma muy útil de avanzar tanto en la cadena de la formación hacia formación de talento humano de alto nivel, maestrías o doctorados, por ejemplo, y de ampliar el esfuerzo de formación hacia producción de conocimiento.

e) Por último, la ampliación de ofertas de pregrado se ha ido consolidando a través de un programa inteligente e innovador conocido como PEAMA. Aunque este esfuerzo inició como una respuesta a las peticiones de las sociedades donde se localizaban estas sedes, Leticia, San Andrés (con grandes dificultades), Arauca y



recientemente Tumaco, ha sido tan exitoso que se han empezado a abrir PEAMA en Villa Garzón (Putumayo) y a vislumbrarlos para otros lugares como Sibundoy en ese mismo departamento, algunos pueblos en Caldas, Ciudad Bolívar en Bogotá, y otros lugares cuya característica no es la de ser remotos o fronteras sino que son poblaciones vulnerables. Podría ser una buena oferta, eventualmente, para el posconflicto.

Nadie podría oponerse a esta modalidad exitosa en ascenso. Sin embargo, encierra el riesgo de desatender las sedes de “presencia nacional”, ya bastante apretadas. Ellas ya son sedes que ofrecen PEAMA efectivamente, con el pequeño grupo de docentes de planta y con el complemento de los medios virtuales o de teleconferencia, la mejor forma de ampliar la cobertura de la Universidad con una modalidad liviana que no excluye docentes ocasionales, profesores en teleconferencia, estudiantes de posgrado u otra forma menos costosa, aunque con el resultado de renunciar a ampliar la planta en las sedes de presencia nacional. Se trata de una encrucijada de la Universidad en la actualidad, sitiada por políticas neoliberales y la aceptación de los determinantes de la globalización en cuanto a la educación superior, todavía liderada por universidades anglosajonas, particularmente de Estados Unidos, pero desafiadas por el avance de universidades en el Lejano Oriente: Japón, China, Corea y Singapur.

En fin, las sedes localizadas en fronteras internacionales tienen mucho que aportar, incluida la obligación de transformar en región lugares dominados bajo un estatus colonial y llamados hasta hace poco territorios nacionales. Se trata de un potencial que, en muchos casos, a la Universidad, o por lo menos a algunos de sus directivos, les cuesta trabajo reconocer y actuar en consecuencia.

## AGRADECIMIENTOS

A los funcionarios del Archivo Histórico de la Universidad Nacional de Colombia, especialmente a Gabriel Escalante y Juan Carlos Blanco.



## REFERENCIAS

- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1869a), Vol. 1, N°. 5.
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1869b), Vol. 1, N°. 5).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1870a), Vol. 3, N°. 13).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1870b), Vol. 4, N°. 24).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1870c), Vol. 53, N°. 18).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1871), Vol. 55, N°. 36).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1873a), Vol. 57, N°. 49-51).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1873b), Vol. 57, N°. 60).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1874), Vol. 8, N°. 62).
- Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (1875), 9(73-74), pp. 11-12
- Ancízar, M. (1853). *Peregrinación de Alpha: por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 i 51*. Bogotá: Echeverría.
- Anderson J., Lim O'Dowd y Thomas, W. (2002). Why Study Borders Now. *Regional and Federal Studies*, XII (4).
- Becerra, D. y Restrepo, O. (1993). Las ciencias en Colombia: 1783-1990. Una perspectiva histórico-sociológica. *Revista Colombiana de Educación*, 26, 31-95.
- Congreso de Colombia (24 de noviembre, 1948). Ley 52 de 24 de noviembre de 1948. Por la cual se declara Reserva Nacional la Sierra denominada "La Macarena", en la Intendencia del Meta, y se crea la Estación Biológica "José Jerónimo Triana". Recuperado de <http://biblovirtual.minambiente.gov.co:3000/DOCS/NORMAS/1948/Leyes/LY00521948.pdf>
- Domínguez, C. y Gómez, A. (1990). *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*. Bogotá: Corporación Araracuara.
- El señor Ancízar. (1871). *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, V(25), 145-146.
- El Tiempo. (3 de septiembre, 1932). Trescientos comunistas peruanos se toman a Leticia [Lecturas Dominicales]. *El Tiempo*.
- Garzón Nieto, J. (s. f.). *Memorando. Retrospectiva de la Oficina de Longitudes*. Archivo General de la Nación (AGN) (Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Oficina de Longitudes, Caja 81, Carpeta 624, ff. 130 y 131).
- Garzón Nieto, J. (25 de agosto, 1928). *Oficio de Garzón Nieto al Ministerio de Relaciones Exteriores*. Archivo General de la Nación (AGN) (Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Oficina de Longitudes, Caja 81, Carpeta 624, f. 52).
- Garzón Nieto, J. (1º de junio, 1932). *Garzón Nieto al MRE*. Archivo General de la Nación (AGN) (Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Oficina de Longitudes, Caja 81, Carpeta 124, f. 78).
- Garzón Nieto, J. (29 de enero, 1935). *Memorandum de Julio Garzón Nieto al Ministro de Relaciones Exteriores*. Archivo General de la Nación (AGN) (Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Oficina de Longitudes, Caja 81, Carpeta 624, ff. 103-105).







- González, H. (1989). Antecedentes geográficos de la Macarena. En A. Mockus, F. Cubides y M. Avellaneda. *La Macarena. Reserva biológica de la humanidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Guhl, E. (1991). *Las fronteras políticas y los límites naturales. Escritos geográficos* Bogotá: Fondo FEN Colombia.
- Guhl, E. (2017). *Colombia: bosquejo de su geografía tropical* (2 volúmenes). Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Informe del rector de la Universidad Nacional. (1869). *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, 1(5).
- Informe del Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores (1875). *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, 9(73-74).
- Jaramillo Uribe, J. (1980). El proceso de la educación, del Virreinato a la época contemporánea. En *Manual de historia de Colombia* (tomo III). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Jaramillo Uribe, J. (1994). Esquema histórico de la universidad colombiana. En *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: El Áncora.
- Jaramillo, J., Mora, L. y Cubides, F. (1989). *Colonización, coca y guerrilla*. Bogotá: Alianza.
- Ley de Creación de la Universidad Nacional. (1868). *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, 1(1), 6-8.
- Mockus, A., Cubides, F. y Avellaneda, M. (1989). *La Macarena. Reserva biológica de la humanidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mosquera, R. (1989). La Universidad Nacional y la crisis de La Macarena. En A. Mockus, F. Cubides y M. Avellaneda. *La Macarena. Reserva biológica de la humanidad* (pp. 479-486). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Murray, P. (2012). *Sueños de desarrollo. La Escuela Nacional de Minas de Colombia y sus ingenieros, 1887-1970*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas.
- Nieto, M. (2000). *Remedios para el Imperio: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Nueva era para la educación universitaria (2010). En *Colombia 200 años de identidad 1810-2010* (tomo III, pp. 36-37). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Revista Semana.
- Otras universidades (2010). En *Colombia 200 años de identidad 1810-2010* (tomo II, p. 61). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Revista Semana.
- Palacio, G. (2006). *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia, 1850-1930*. Bogotá: ILSA.
- Palacio, G. (2015). Territorios y territorialidades en la Universidad Nacional de Colombia y el sistema de educación superior. En Carlos Miñana y Elizabeth Bernal (Eds.). *Visión 2034. Aportes para la construcción de la visión y el Plan Prospectivo de la Universidad Nacional de Colombia* (vol. 2). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Palacio, G. y Walkild, E. (2016). Amazonia cambia con el mundo. En Luis Aragón y Pedro Staevie (Orgs.). *Desenvolvimento, integração, e conservação da Pan-Amazônia*. Belem: UFPA NAEA.
- Programa Orinoquia-Amazonia (ORAM) (1999). *Paisajes fisiográficos de Orinoquia-Amazonia, ORAM, Colombia: mapas*. Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC)-Ministerio de Hacienda y Crédito Público.



- Qué es la Universidad. (Septiembre, 1868). *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, 1(1).
- Quijano Otero, J. M. (1869). *Memoria histórica sobre los límites entre Colombia i el Imperio del Brasil*. Bogotá: Imprenta de Gaitán.
- Reglamento jeneral. (1868). *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, 1(1), 67-73.
- Sánchez, E. (1998). *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*. Bogotá: Banco de la República-El Áncora.
- Serje, M. (2005). *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes, Cesó.
- Soulé, M. E. (1986). *Conservation biology: the science of scarcity and diversity*. Sunderland, MA: Sinauer Associates.
- Universidad Nacional de Colombia (s. f.). Estación de Biología Tropical Roberto Franco. Historia. Recuperado de <http://ciencias.bogota.unal.edu.co/ebtrf/historia/>
- Colonial British Columbia. *Annals of the Association of American Geographers*, 87(1), 3-31.
- Wilson, E. O. (1999). *Diversity of life*. Nueva York: WW Norton & Company.
- Willems-Braun, B. (Marzo, 1997). Buried Epistemologies: The Politics of Nature in (Post) Wulf, A. (2016). *La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*. Bogotá: Taurus.
- Zárate, C. (2001). La formación de una frontera sin límites: los antecedentes coloniales del Trapecio Amazónico Colombiano. En Carlos Franky y Carlos Zárate. *IMANI mundo. Estudios en la Amazonia colombiana* (pp. 229-259). Bogotá: Unibiblos.
- Zárate, C. (2008). *Silvícolas, sirigueros y agentes estatales: el surgimiento de una sociedad transfronteriza en la Amazonia de Brasil, Perú y Colombia, 1880-1932*. Leticia: Universidad Nacional de Colombia Sede Amazonia.
- Zárate, C. (2015). Estado, militares y conflicto en la frontera amazónica colombiana: referentes históricos para la interpretación regional del conflicto. *Mundo Amazónico*, vi(1), 73-96.
- Zewuster, E. J. (2010). *Entre malocas y ministerios. Un estudio sobre la cooperación colombo-holandesa en la Amazonia colombiana* (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia Sede Amazonia, Leticia.

#### Otras fuentes:

Archivo digital sobre normatividad relacionada con la sede Amazonia. Secretaría de Sede Amazonia.